

SECRETARIADO GENERAL PARA LOS SEGLARES CLARETIANOS

Colección de Subsidios

Emilio Vicente Mateu, cmf.

Claret

Vida y misión

3

Via Sacro Cuore di Maria, 5
00197 ROMA

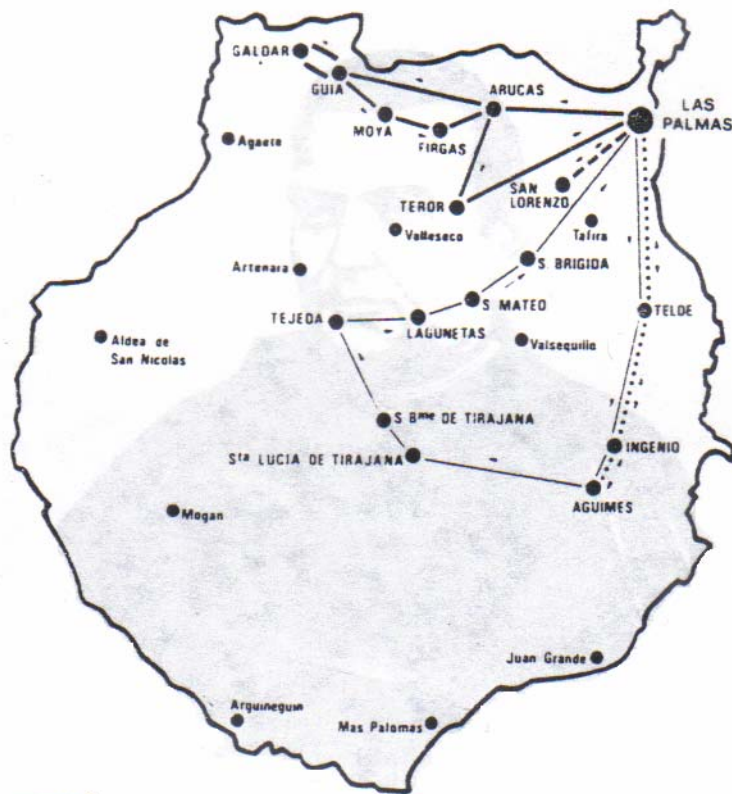
Emilio Vicente Mateu, cmf.

CLARET: VIDA Y MISION

SECRETARIQADO GENERAL PARA LOS SEGLARES CLARETIANOS
Colección de Subsidios
ROMA 1982



Antonio Claret, sacerdote. Dibujo de Paciano Ross, hecho en 1894



- 1'
- 2'
- - - - - 3'
- 4'

VIAJES DEL P. CLARET
EN GRAN CANARIA

INDICE

Presentación

I. LOS PRIMEROS AÑOS DE MI VIDA

- En familia
- Recuerdos profundos
- Aquellos años de Barcelona
- Experiencias que dejan huella
- Una decisión importante

II. DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

- En la ciudad de Vic
- Vida de seminarista
- Fui ordenado sacerdote
- El deseo de ser cartujo
- La Virgen me ayudó
- En la ordenación de diácono
- Mosén Claret
- En ambiente de guerra
- Persecución religiosa
- Fue un comienzo difícil
- Enviado como los profetas
- Desde Roma, al mundo entero
- En la Compañía de Jesús
- Párroco, médico y Misionero

III. MISIONERO APOSTOLICO

- Misionero como Jesús: Un hombre lleno de amor
- Misionero como Jesús: Enviado, por el Padre
- Misionero como Jesús: Una vida ejemplar
- Mi propio estilo misionero
- Por los caminos de Cataluña
- Dificultades y persecuciones
- De esta forma trabajaba
- Maria: Madre y Maestra
- Todos los medios posibles
- El testimonio de mi vida
- Canarias: Sombra del Nublo
- El Padrito
- Los llevo en el corazón
- La Congregación de Misioneros
- El talante misionero

IV. POR ENCIMA DE TODO, SOY MISIONERO

Arzobispo de Cuba
En la isla de Cuba
Arzobispo Misionero
Mi trabajo misionero
Atentaron contra mi vida
En la corte de Madrid
Como un pájaro enjaulado
Otra forma de ser misionero
Un día cualquiera
Calumnias y atentados
En intimidad con el Señor
Evolución de mí sentido misionero
Mi respuesta: Salvar al hombre
Mi respuesta: Salvar la sociedad
Mi respuesta: Salvar ala Iglesia

V. LA VOZ DE DIOS NO MUERE

Camino del destierro
El Concilio Vaticano I
Los últimos días
Volviendo la vista atrás
Un modo de ser cristiano
Yo me digo a mi mismo

Bibliografía

PRESENTACION

La Iglesia está viviendo hoy una etapa importante - tal vez decisiva - de su historia plurisecular: una etapa de renovación interior, no exenta de inquietudes y a veces erizada de dificultades; pero al mismo tiempo rica en promesas y esperanzas. Y a esta renovación interior corresponde una especie de "primavera de evangelización". Todas las fuerzas vivas del Pueblo de Dios se ponen en movimiento para anunciar, con valentía y empeño profético, la Palabra de salvación, dando razón a todos de la esperanza que nos anima y empuja.

Por eso, tal vez hoy más que nunca, la figura del Padre Claret cobra una actualidad palpitante. Porque él, desde su dimensión esencial y vitalmente misionera, no fue ni quiso ser más que eso: un evangelizador. Y su mejor definición la que da sentido y unidad a toda su existencia y a toda su acción es la de Apostólico. Así entendió él su vocación y así la vivió desde la raíz profunda de su vida interior, que era en él llamada, pasión de celo apostólico y acción incontenible en todas las situaciones por las que pasó, demostrando en todas partes una creatividad extraordinaria y un afán apostólico sin medida. Ahí están para demostrarlo sus desvelos misioneros en Cataluña, Canarias, Cuba y España entera, y toda esa serie de movimientos apostólicos que arrancan de lo más vivo de su espíritu. Por eso Claret siendo hombre de ayer, es también hombre y apóstol de hoy. Ungido por el Espíritu y enviado en misión, con Jesús y como Jesús evangelizador, sigue vivo, con su espíritu misionero incansable y moderno, en el corazón de todos los que de una forma o de otra hemos recibido su herencia, que es herencia misionera: herencia de misión para la misión evangelizadora que debemos realizar y promover.

Si San Antonio María Claret volviera a escribir hoy su Autobiografía, es posible que tomara como eje central esta dimensión esencial suya de Misionero Apostólico. Tratando de adivinar lo que Claret diría hoy de sí mismo, el P. Emilio Vicente Matéu, misionero de la Provincia Bética, nos ofrece estas páginas, llenas de cariño y originalidad. Son como "otra Autobiografía" de Claret desde su experiencia misionera. Páginas sencillas, que nos van desvelando la persona y la obra, la vida y la misión, del gran apóstol del siglo XIX.

En estas páginas, leídas y meditadas atentamente, pueden descubrir los seglares claretianos, a quienes fundamentalmente van dirigidas, la presencia viva del padre, del amigo y del modelo, cuyo espíritu ha quedado encarnado en el mundo y en la Iglesia de hoy, para que, a lo largo del espacio y del tiempo, sigamos esparciendo, como Claret, la Palabra eterna y eficaz de la verdad y del amor.

Jesús Bermejo CMF

CLARET: VIDA Y MISION

Me llamo Antonio María Claret.

Nací en Sallent, pequeño pueblo de la provincia de Barcelona (España), en el mes de diciembre de 1807

Mi vida ha sido un continuo correr por pueblos, ciudades, regiones enteras.

La tarea siempre la misma: SER MISIONERO.

I. LOS PRIMEROS AÑOS DE MI VIDA

En familia

Mi familia, una familia numerosa de 11 hijos, se distinguió por dos rasgos, que pueden encontrarse en otros muchos hogares de mi época y de mi tierra: un ambiente cristiano sencillo y sincero, y la dedicación al trabajo de cada día en el pequeño telar que teníamos en casa.

Este ambiente quedó muy grabado en mí desde los primeros años de mi vida. Desde pequeño me sentí inclinado a la piedad y a la religión. No recuerdo ni un momento en que me dedicara a jugar o me distrajera, cuando iba con mis padres a la iglesia.

A los 10 años hice la primera comunión. Aun ahora me resulta difícil explicar la inmensa alegría que sentí en aquel momento.

Allá en el pueblo aprendí cuanto pude. De lo que más llegué a entender fue de la fabricación de tejidos. Creo que Dios me había dado cualidades para esto.

Sin embargo, yo tenía un gran afán por superarme. El pueblo se me había quedado pequeño. Quería profundizar más en los conocimientos de la fabricación. Por esto le pedí a mi padre que me dejara ir a estudiar a Barcelona.

Recuerdos profundos

Uno de los primeros y más fuertes recuerdos de aquellos años se refiere a mi infancia. Apenas tenía 5 años. Muchas veces me desvelaba en la cama porque me venía a la cabeza una idea obsesiva que me impedía conciliar el sueño. Pensaba en la eternidad: **siempre...siempre...siempre...** Me imaginaba unas distancias enormes. A éstas añadía otras y otras. Cuando veía que no llegaba al final, me estremecía. Pensaba en las personas que se verían privadas eternamente de salvación.

Yo, que soy muy sensible para las desgracias y miserias de los demás, he conservado siempre esta misma preocupación. Esto es lo que más me ha motivado y me motiva aún, para entregar mi vida en la tarea de la salvación de los hombres.

Otro recuerdo que guardo de aquellos años es la profunda devoción que sentía a María.

Desde pequeño me regalaron un rosario y rezaba con él. Era tanta la confianza y la fe con que rezaba, que estaba seguro de ser escuchado por la Virgen. Ya quisiera yo ahora rezar con la misma confianza y devoción con que rezaba entonces.

Se me han quedado también muy grabadas las frecuentes visitas que mi hermana Rosa y yo, a una pequeña ermita llamada de Fussimanya. En uno de los tramos del camino, cuando ya asomaba la capilla, me emocionaba hasta el punto de saltármeme las lágrimas. Era entonces el momento de comenzar rezar el rosario.

Aquellos años de Barcelona

Esos años de la infancia, que con tanto cariño recuerdo, quedaron atrás con mi marcha a Barcelona.

En la gran ciudad cambió mucho mi situación.

El pasar de un pueblo perdido en los campos a una ciudad que comenzaba a ser gigante y a hacer notar su valía industrial, no pudo menos de hacerme vivir un primer momento como si un sueño extraño se convirtiera de pronto en realidad.

En Barcelona yo mismo ganaba con mi trabajo cuanto necesitaba para comida, ropa, estudios y para mis gastos personales. Así estuve desde que cumplí 18 años hasta casi los 22.

La estancia tengo que reconocer que me fue muy bien. La experiencia y el estudio me dieron una sólida formación para la industria.

Al paso del tiempo, varias personas que me habían conocido pensaron que sería una buena idea el asociarnos para formar compañía propia. Querían que yo fuera el director de esa compañía.

Ellos convencieron a mi padre. Mi padre me lo propuso a mí. Estaba ilusionado. Quería hacerme comprender que yo tenía el futuro en mis manos y no podía dejar pasar aquella magnífica ocasión.

Por primera vez en mi vida no seguí los consejos de mi padre. Le puse mil excusas. Le dije que yo era muy joven todavía, que no tendría autoridad ante los obreros y otro montón de razones que en aquel momento me inventé.

La verdad era muy otra: en realidad todo aquello no me llenaba. A pesar de los éxitos obtenidos y del futuro que me prometían, yo estaba seguro de que Dios quería de mí otra cosa. En aquel momento yo no sabía qué sería eso que Dios buscaba en mí, pero sentía que se trataba de algo distinto a lo que me ofrecían.

Por otro lado, tengo que reconocer que allí me encontraba en mi ambiente. Mi delirio era la fabricación. Tanto fue así, que siempre andaba cavilando sobre nuevos proyectos, nuevas ideas, nuevas posibilidades... Era una verdadera obsesión. El continuo pensar en máquinas, telares y composiciones me tenía tan absorto que no acertaba a pensar en ninguna otra cosa.

Experiencias que dejan huella

Durante este tiempo me ocurrieron algunos sucesos importantes que acabarían dando un giro total a mi vida. Fue como sí, poco a poco, se desvelara la causa de esa profunda insatisfacción que sentía, a pesar de los triunfos que había conquistado. Estos acontecimientos eran una forma de acercarme a la vocación, que daría sentido a mi vida:

- El primero de estos acontecimientos ocurrió un buen día que fui a bañarme con los amigos a la playa de la Barceloneta.
Estando en el agua, una ola gigante me arrastró mar adentro. Me sentí impotente ante la fuerza del mar. Experimenté la agonía. Creí que aquello era el fin. Los amigos, que estaban en la playa, me daban también por muerto.
En aquella situación de ansiedad sentí la mano de la Virgen que, me arrancaba de las olas y me hacía llegar sano y salvo hasta la playa.
Este suceso fue una experiencia muy fuerte para mí. Yo, que me sentía joven y fuerte, vi en mi propia piel lo efímero de la vida. Me di cuenta de cómo podría perderla en cualquier momento. Por el contrario, experimenté que lo único absoluto, lo único que no se pierde, es el amor que Dios nos tiene.
- El segundo de estos acontecimientos se refiere al dinero.
Como ya he dicho, ganaba lo suficiente para autofinanciar todos mis gastos, e incluso llegué a tener algún dinero ahorrado.
Uno de mis amigos, que conocía lo de mis ahorros, me pidió algún dinero prestado. Ocurrió lo que tantas veces ocurre en estos casos: desaparecieron el dinero y el amigo. En realidad este amigo era muy aficionado al juego. Al contraer más deudas de las que podía pagar, no sólo desapareció con el dinero prestado, sino que robó todos mis ahorros, y lo detuvieron cuando intentaba robar a otro amigo. Yo pasé una vergüenza tremenda. Me parecía que todos me señalaban como el amigo del ladrón.
La traición de este amigo me dejó bastante amargura. Sobre todo, me hizo caer en la cuenta de la poca seguridad que dan los bienes que atesoramos con tanto afán.
En esa situación cobraron en mí un significado especial aquellas palabras del Evangelio: “Atesorad tesoros en el cielo, donde los ladrones no pueden robarlos ni las pollitas roerlos”.
Quizás para otros esto no tenga más importancia. Yo sentí nuevamente lo poco que son las cosas, si las comparamos con la inmensidad de Dios.
- El tercer acontecimiento ocurrió en casa de un amigo.
Fui a buscarle, pero en aquel momento no se encontraba en casa. Allá me atendió su mujer, una señora joven y atractiva, quien me invitó a esperarle en casa porque él estaría ya a punto de llegar.
Después de estar un cierto tiempo esperando, comprendí las verdaderas razones de aquella señora al invitarme a esperar: comenzó a insinuármeme con palabras y acciones.
Ante esa situación, marché de la casa tan rápido como pude y jamás volví a mis pies en ella.
Con esto comprendí cómo el amor de los hombres puede traicionar. Dios, sin embargo, ama siempre y siempre es fiel.

- El cuarto acontecimiento vino a echar por tierra lo único que me quedaba y aquello por lo que yo resistía todas las pruebas y que en esos momentos daba sentido a mi estancia en Barcelona: mi vocación a la fabricación.
Todo esto se me vino abajo al escuchar aquellas palabras del Evangelio: “¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?” de ahora comencé a verme fuera de mi verdadero ambiente. Seguir en Barcelona ya no tenía sentido para mí.

Una decisión importante

Yo que había llegado a Barcelona por el afán de conseguir lo mejor, pensaba que lo mejor estaba en apartarme de todo eso y de una vez para siempre. Debía hacerme cartujo. Entendía que ésta era la forma más perfecta de cortar radicalmente con el mundo.

Pero me faltaba dar un paso difícil: debía comunicar esta decisión a mis padres. Ya sabía que esto iba a ser un golpe muy duro para ellos. Era lógico. Habían puesto demasiadas esperanzas en mí.

Cuando hablé con mi padre sobre la decisión de abandonar la fabricación, se llevó un disgusto tremendo. Intentó convencerme con mil argumentos para que rectificara mi decisión. No alcanzaba a entenderme. Pero, cuando le dije que realmente lo que quería era ingresar como cartujo, lo comprendió menos aún.

Mi padre era un hombre bueno y no quería oponerse en mi camino. Después de dialogar largamente, sólo me pidió que no me precipitara. Me habló de consultarlo con mi director espiritual. El aceptaría la decisión a la que llegáramos. De todas formas, no ocultaba que prefería verme sacerdote diocesano antes que cartujo.

En efecto. Siguiendo las indicaciones de mi padre, fui al Oratorio de San Felipe Neri para que me aconsejaran. Después de escucharme con atención y amabilidad, el director espiritual se alegró de la decisión que había tomado. Me aconsejó que, de momento comenzara a prepararme mediante el estudio de una serie de _____ que en cualquier caso, me vendrían muy bien.

Yo seguí el consejo que me había dado y comencé a estudiar.

A medida que pasaba el tiempo sentía cómo se despertaban dentro de mí muchos sentimientos que habían quedado aletargados durante los años anteriores.

Entonces comprendí la crisis por la que había pasado y fui centrándome poco a poco en la nueva decisión. Cada vez veía con más claridad que ese era mi camino.

II. DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

En la ciudad de Vic.

Así, al cabo de cuatro años de estancia en Barcelona, salí de aquel ambiente para emprender un rumbo distinto.

Era el mes de septiembre. Me tomé unos días de descanso en familia y a fin de mes comenzamos los trámites para mi ingreso en el seminario. El día de San Miguel fui a Vic, acompañado de mis padres, para presentarme al señor obispo.

Y comenzó mi vida de seminarista.

La verdad es que Vic siempre ha supuesto mucho para mí. Con mucha razón la considero mi segunda patria.

Entonces la ciudad contaba con unos 12.000 habitantes y todo su ambiente respiraba un aire fuertemente religioso.

Cerca de un centenar de sacerdotes atendían las parroquias, la catedral y el seminario, sin contar los conventos de religiosos y religiosas que había.

Más de 20 templos y la magnífica iglesia catedral configuran su aire clerical y crean ese ambiente peculiar, donde florecieron abundantes vocaciones que le han dado ese talante de ciudad levítica.

Allí nacieron, vivieron y predicaron santos, fundadores, intelectuales y un sinfín de personas, cuyos nombres son hoy orgullo en la historia reciente y más pretérita de la ciudad.

Vida de seminarista

Cuando comencé como seminarista nos acercábamos al millar en aquella diócesis.

Unos estaban internos en el seminario. Otros - y éste era mi caso- nos hospedábamos en casa de algunas familias, que se ocupaban de nuestra manutención a cambio de algunos pequeños servicios en la casa, en la instrucción de los hijos o simplemente por el deseo de colaborar en la formación de algún futuro sacerdote. Éramos uno más en la familia.

El ambiente del seminario fue determinante para la formación de tantos sacerdotes que posteriormente se distinguieron por su ciencia y virtud: junto a una sólida formación en la piedad, recibíamos la instrucción en filosofía y teología, respondiendo a un plan de estudios serio, profundo y exigente.

Este era el Vic que yo conocí y que se quedó grabado en mi recuerdo: pintoresco, acogedor; con rancio abolengo y ambiente juvenil; trabajador y místico; sencillo y culto.

Como ya he indicado, yo vivía en régimen de seminarista externo. Me hospedaron en la casa llamada Tortadés con Don Fortián Bres, a cambio de servir en los menesteres que me encomendasen. Sin embargo, siempre fui más amigo que criado: juntos rezábamos; comíamos en la misma mesa; pasábamos ratos de charla amigable. A cambio me pidieron algo, que era un verdadero regalo para mí; cada mañana debía ayudar en la celebración de la Eucaristía.

Realmente era una situación envidiable y completamente libre de trabas que estorbasen mi entrega a la formación sacerdotal.

Por mi parte intenté responder lo mejor que supe. Creo que aquellos años fueron decisivos en mi formación intelectual y en fundamentar firmemente mi vida de piedad.

Así, curso tras curso, fui avanzando en la carrera sacerdotal.

Yo intenté aplicarme con toda la intensidad y perfección que pudiera. Después de los tres primeros cursos de filosofía comencé los siete de teología.

Al principio no me fue fácil la adaptación a las clases del seminario. Yo venía de un ambiente muy distinto; superaba en edad a todos aquellos seminaristas: mi preparación y mis estudios respondían a otro tipo de intereses.

Ciertamente no me fue fácil al principio. Luego, con el correr de los cursos, me sentiría mucho más seguro, de tal forma, que los años de teología hasta podría decir que, en su conjunto, me fueron muy bien, tanto en rendimiento como en satisfacción personal.

Fui ordenado sacerdote

Contra todas las previsiones y contra las normas que el señor obispo aplicaba en su diócesis en lo referente a la recepción de las órdenes sagradas, se anticipó el tiempo de mi ordenación.

En efecto. Era costumbre en la diócesis no ordenar a nadie sin haber concluido previamente toda la carrera sacerdotal. Al terminar el sexto año de teología confería el diaconado y al terminar el séptimo curso, el presbiterado.

Esta era la norma. Sin embargo, aún no sé exactamente por qué, hicieron una excepción conmigo. Posiblemente fuera por mi edad: quizás por salir al quite de una situación incómoda que se había creado en mi pueblo con motivo de un beneficio eclesiástico que allí existía.

Yo no sé lo que verían en mí. Lo cierto es que el día 20 de diciembre de 1834 era ordenado diácono, y el 13 de junio de 1835 presbítero. Era el día de mi santo patrón. Acababa entonces el tercer curso de teología y contaba 27 años de edad.

La primera misa la celebré, en la iglesia parroquial de Sallent, el día 21 del mismo mes, festividad de San Luís. Fue un día de alegría, no sólo para mis familiares, sino para todo el pueblo.

Concluidos estos días, que fueron también el inicio de mi ministerio sacerdotal, volví a Vic para terminar la carrera. Mi intención era estudiar durante el curso y aprovechar las vocaciones para volver a Sallent y ejercitar el ministerio.

Pero la situación social había cambiado. Eran tiempos de guerra civil. A la muerte del rey Fernando VII, carlistas y liberales pugnaban por la sucesión a la corona. Una de las características de esta guerra fue la persecución religiosa. Se prohibió a los estudiantes reunirse en el seminario, lo que obligó a alterar radicalmente el sistema de estudios. Las clases se daban a modo de conferencias particulares y así se iban cursando las asignaturas.

A todo esto, que dificultaba mi estancia en Vic, se juntó la falta de teniente cura en mi pueblo. El gobernador eclesiástico me envió a mí con el encargo de estudiar por mi cuenta.

Esto era posible en Sallent, las pocas cosas hacían suponer que estábamos en guerra. Así habría de ser hasta terminar a carrera: tarea pastoral y estudio asiduo.

Al final del curso un tribunal nos examinaba para certificar nuestra suficiencia, previo un certificado de aplicación y conducta a extender por el señor cura párroco y el señor alcalde.

El deseo de ser cartujo

Pero volvamos atrás. Es esos años de seminarista hubo tres momentos particularmente importantes, que merece la pena recordar por lo que han supuesto en mi vida.

Durante el primer año de filosofía, en medio de la aplicación al estudio y de las prácticas piadosas, jamás olvidé mi deseo de ser cartujo. Como un recuerdo en mi mesa de trabajo coloqué una estampa de San Bruno.

Casi siempre que me confesaba hablaba de esto con mi director espiritual. Tanto fue así, que él llegó a convencerse de que Dios me llamaba para esa vocación.

Escribió al prior de la cartuja y convinieron que, terminado el curso de aquel año fuéramos allá.

Yo, muy contento, emprendí el viaje para Barcelona y Monte-Alegre, cuando, a mitad del camino, nos sorprendió una tormenta tan grande que espantaba.

Para cobijarnos de aquel aguacero echamos a correr, y así, por la fatiga vaho se levantaba de la tierra seca y caliente sufrí una sofocación grande. Esto cayó además sobre una salud algo quebrantada a causa del esfuerzo que había realizado en los estudios.

En esa situación pensé que todo aquello quizás respondiera a la voluntad de Dios. Posiblemente Dios hiciera nacer en mí esos sentimientos de ser cartujo sólo para arrancarme del mundo.

Aquel pensamiento me alarmó tanto, que no tuve fuerzas para continuar el y regresé a Vic. En seguida de llegar comenté esto con mi director espiritual. El guardó silencio. Era la única persona con la que había hablado mi decisión de ser cartujo.

Pasado aquel primer año de filosofía, ya no pensé más en ser cartujo. Comprendí que aquella vocación había sido temporal. El Señor quería acercarme a mi vocación misionera, como luego he podido ir comprendiendo.

La Virgen me ayudó

El siguiente suceso me ocurrió cuando estudiaba el segundo curso de filosofía.

Durante el invierno de aquel año tuve un catarro que me obligó a guardar cama por unos días. Un día de aquellos, a eso de las diez y media de la mañana comencé a sentir una fuerte tentación.

Yo acudía a la Virgen y a todos los santos. Intentaba distraer mi imaginación en otras cosas. Hacía cuanto podía, pero todo resultaba inútil.

Intenté cambiar de posición en la cama, y, al darme la vuelta, sentí la presencia de María Santísima que llevaba un manojo de flores en sus manos. La Virgen se dirigía a mí y me decía: "Esta corona será tuya si vences".

Yo estaba atónito ante todo lo que sentía en aquel momento y más al ver como la Virgen ponía sobre mi cabeza las flores que traía en sus manos.

En aquella situación la alcoba parecía un campo de batalla: por un lado había como un grupo de santos que rezaba para que yo venciera la tentación por otro lado había todo un ejército infernal formado como soldados en orden de batalla.

Durante todo este tiempo yo estaba totalmente estremecido. No atinaba saber lo que allí estaba ocurriendo. Lo cierto es que, tan pronto como pasó todo esto, yo me sentí totalmente liberado de la tentación. Estaba desbordado de alegría y sin saber exactamente qué era lo que había pasado.

Muchas veces he pensado si todo aquello sólo fue un sueño o quizás fuera víctima de la fiebre o de cualquier otro tipo de alucinación.

De lo que sí estoy seguro es que no dormía, que no padecía vahídos de cabeza ni otra cosa que me pudiera producir una ilusión semejante. Por eso, siempre he creído que todo ocurrió de verdad y que, gracias a la presencia de María, quedé libre de la tentación contra la castidad.

De entonces para acá, y hasta la fecha, no he tenido en esto dificultades que merezca la pena llamarlas tentación.

Este hecho tuvo una gran trascendencia en mi vida. Vi cómo Dios vence el mal por medio de la Virgen.

En la ordenación de diácono

El tercer acontecimiento va unido al que acabo de narrar, aunque están muy separados en el tiempo. Fue el día de mi ordenación como diácono.

Cuando el prelado, en la ordenación, dijo aquellas palabras que el pontifical toma del apóstol San Pablo: "No es nuestra lucha solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas", sentí que me transportaba unos años atrás. Rememoré cuanto me había sucedido en la casa Tortadés y comprendí aquella visión que entonces tuve. Me vi lanzado, enviado a una misión que sería dura: una lucha continuada. Pero en esta lucha no estaría solo: María habría de llevar la iniciativa, y yo me entregaría a ella como hijo y como sacerdote. Así ella me enviaría con toda la de su brazo, como si yo fuera una saeta puesta en su mano poderosa.

Desde este momento mi vocación apostólica se hizo clara y decidida.

Mosén Claret

Ya soy sacerdote. Ahora todos me llaman Mosén Antón.

Fueron 26 meses los que estuve en mi pueblo como vicario y otros 22 meses como cura ecónomo.

Este fue el comienzo de mi vida sacerdotal. Un comienzo difícil, comprometido.

La situación social y política se había deteriorado progresivamente y llegaba a todos los rincones de España. La guerra ya no era sólo legitimista, respecto dio de sucesión a la corona. Cada vez se hacía una guerra más política y con más incidencia religiosa.

En esta situación hubo quienes acusaron al gobierno de falta de firmeza para atajar supuestas situaciones, y muchos quisieron tomarse la solución por sus propias manos.

Corría el año 1834. Los horrores de la peste asolaban la capital de España. Corrió entonces la voz de que eran los frailes quienes envenenaban las fuentes que abastecían de agua a la ciudad. Con este pretexto comenzó la matanza de religiosos que se inició en la corte y fue secundada, como por un conjuro, en las principales ciudades de la península.

El ambiente de guerra

Barcelona vio, en julio de 1835, cómo se realizaban las mayores barbaridades: sólo en una noche, se arrasaron, saquearon y robaron un buen número de conventos. Vidas, templos, bibliotecas, archivos, etc., todo fue aventado o sacrificado por la furia de la revolución.

Las víctimas religiosas inmoladas por el furor sectario se contaban por centenares.

También los realistas fueron perseguidos y muertos, lo que provocó en el bando contrario una reacción que dio lugar a las más sangrientas represalias.

En los campos, en los montes, en los poblados mismos, se combatía como fieras y se perseguía a los enemigos como a alimañas. Ni la sangre vertida ni los años transcurrieron pudieron moderar aquella tremenda situación. Pronto la revolución misma comenzó también a actuar desde las alturas desgobierno, uniendo a la contienda de las armas una atroz persecución religiosa.

En las Cortes de 1835-1836 se aprobó la extinción de las órdenes religiosas.

Persecución religiosa

El decreto de extinción de las órdenes religiosas comenzó con la expulsión de los jesuitas y la disolución de todo convento cuyos moradores no alcanzasen el número de 12.

A primeros de 1836 se pusieron a la venta los bienes de los religiosos. En marzo del mismo año se suprimieron definitivamente todos los conventos de frailes y se redujo sensiblemente el número de las religiosas.

También el clero diocesano sufrió situaciones parecidas. La mitad de las diócesis o estaban sin obispo o lo tenían encarcelado o desterrado.

Para poder ordenarse sacerdotes los seminaristas tenían que ir a Francia o Italia, ya que habían sido prohibidas las ordenaciones. Desamortizaron los bienes de la Iglesia. Dificultaron cuanto pudieron la manutención del clero.

Esto causó un desbarajuste en todo el país, principalmente en las zonas fronterizas a los lugares de contienda. Allí se extremaban notoriamente los desmanes.

Fue una lucha feroz que, a lo largo de siete años, asoló tierras, segó vidas, dividió pueblos, familias y regiones enteras.

Cataluña fue un escenario importante en esta guerra.

Fue un comienzo difícil

A mí todos estos acontecimientos me tocaron muy de cerca. Esta persecución se iniciaba sólo un mes después de mi ordenación sacerdotal. El seminario de Vic quedó convertido en cuartel de aquellas partidas que se ocupaban en instigar a los carlistas y aprovisionar a las columnas del gobierno.

La tarea fue difícil. En aquella situación era posible toda manifestación inmoral, pero cualquier imprudencia en mi conducta podría acarrear consecuencias fatales.

Desde un principio intenté guardar la más estricta neutralidad política. Por supuesto que yo tenía mis convicciones y sentimientos políticos, pero siempre he pensado que el sacerdote no debe hacer partido para no dificultar la salvación de nadie. .

Así, desde el primer momento y durante los cuatro años de mi permanencia en Sallent, mis relaciones con las autoridades militares y municipales se basaron en la prudencia y en la corrección.

A pesar de esta actitud personal, no faltaron situaciones incómodas que suponían dificultades en el trabajo pastoral.

En medio de todo jamás abandoné el tiempo de estudio, la oración y la práctica de los ejercicios espirituales, que cada año eran un tiempo de reflexión y conversión para mí.

Mi trabajo pastoral se centraba en la atención a los enfermos y a los pobres, la predicación, la catequesis y los sacramentos. En el tiempo de Cuaresma pedía ayuda a algunos sacerdotes de las poblaciones vecinas.

A pesar de todas las dificultades y penurias, trabajaba entonces con toda la dedicación y la ilusión de que era capaz.

Entre el pueblo cristiano la situación tampoco era fácil. Los sentimientos de las gentes estaban encontrados; el ambiente se había descristianizado.

Con la supresión de las órdenes religiosas se agudizó aún más el problema; desaparecieron los dos grandes medios de regeneración espiritual: el testimonio de la vida consagrada y el anuncio del Evangelio. La predicación, que siempre había estado en manos de los religiosos, quedaba ahora absolutamente desatendida.

Esta situación era como un aguijón dentro de mí, que me angustiaba tremendamente.

Enviado como los profetas

Desde que me pasaron los deseos de ser cartujo, discurría continuamente que haría y cómo haría para salvar a mis hermanos los hombres. Rogaba a Jesús y a María y continuamente me ofrecía para esto.

Tanto mis lecturas particulares como la vida de los santos que leíamos en público me ayudaban a esto; pero lo que más me movía y me urgía era la lectura y la reflexión de la Biblia. Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión que me parecían dirigidos a mí.

Eran muchos estos pasajes, pero, por su fuerza, se me han quedado grabados los siguientes:

“Yo te escogí y te llamé desde los lugares más remotos de la tierra y te dije: te elegí no te abandoné” (Is. 41,9).

Con estas palabras comprendía cómo mi vocación había sido un regalo de Dios y fruto de su misericordia, que no dependía de ningún mérito propio.

“No temas, que yo estoy contigo; no te acobardes, porque yo soy tu Dios: Te conforté y te auxilié y te amparó la derecha de mi justo” (Ib. 10).

Comprendía que el Señor me había sacado de todas las situaciones difíciles en que me encontré.

“He aquí que quedarán confundidos y avergonzados todos los que luchan contra ti: serán como si no fuesen y perecerán los hombres que te contradicen. Porque yo soy el Señor tu Dios, que te tomo por la mano y te digo: No temas, yo te he ayudado” (lb. 13).

Me hacía saber que la tarea no iba a ser fácil. Tendría grandes enemigos. Habría de sufrir espantosas persecuciones, que se levantarían contra mí. Pero Señor sería mi fuerza y mi salvación.

“Yo te puse como un carro nuevo que trilla, armado de dientes serradores; trillarás los montes y los desmenuzarás y reducirás como a polvo los collados (lb. 15).

Por estas palabras el Señor me daba a conocer el efecto que causaría la predicación y la misión que El mismo me confiaba.

“Los aventarás, y el viento los llevará y esparcirá el torbellino, y tú te regocijarás en el Señor y te alegrarás en el Santo de Israel” (lb. 16).

Yo habría de enfrentarme a todos los males. Mi alegría habría de estar en preparar el camino al Señor, frente a todo lo que dificultara su presencia en la tierra.

“Los menesterosos y los pobres buscan aguas y no las hay; la lengua de ellos se secó de sed. Yo, el Señor, les oiré. Yo, el Dios de Israel, no les desampararé. Yo haré salir ríos en las cumbres de los collados y fuentes en medio de los campos, y lo que en el día son áridos desiertos, serán estanques de buenas y saludables aguas” (lb. 17-18).

El Señor me daba a entender que no sólo debía ir a predicar a los pecadores, sino que en los pueblos y aldeas, a las gentes buenas y sencillas tendría también que llevarles su palabra, catequizando, predicando, dialogando, etc.

De un modo particular el Señor me hizo entender aquellas palabras: “El Espíritu del Señor está sobre mí. El Señor me envió para llevar la Buena Noticia a los pobres y a sanar a los contritos de corazón” (Is. 61,1).

Igual me pasaba cuando leía al profeta Ezequiel, singularmente en el capítulo tercero: “Hijo de hombre: yo te he puesto por centinela a la casa de Israel. Oirás la Palabra de mi boca y se la anunciarás de mi parte” (v. 18).

“Si diciendo yo al impío: de cierto morirás; tú no se lo anuncies ni le hablores para que se aparte del camino impío y viva, aquel impío morirá en su maldad, mas la sangre de él, de tu mano la demandaré” (y. 18).

“Mas si tú apercibieres al impío y él no se convierte de su impiedad y de su impío camino, él ciertamente morirá en su maldad, mas tú salvaste tu alma” (v.19).

En muchas partes de la Biblia sentía la voz del Señor que me llamaba para que saliera a predicar. Cuando hacía la oración, me pasaba lo mismo.

Desde Roma al mundo entero

Ante esta urgencia que sentía, pensaba y cavilaba cómo podría dedicarme más al trabajo de la predicación. El tiempo que la parroquia me dejaba era escaso y las necesidades apremiantes.

Mi vocación a la predicación se presentaba cada vez más clara y decidida, pero aún me quedaba por aclarar cómo y de qué manera podría dedicarme a eso.

Intenté algunas soluciones, que no me dieron resultado. Quise reunir un grupo de sacerdotes para dedicarnos a misionar, pero en seguida me hicieron ver como la situación de guerra civil en que vivíamos no hacía posible el proyecto.

Sintiéndome llamado a predicar y no pudiendo hacerlo en mi tierra, tomé una decisión que habría de ser decisiva en mi vida: dejé la parroquia y pensé en ofrecerme al papa para que él me enviara donde más se necesitara; a cualquier parte del mundo.

Para esto iría a Roma y me pondría a disposición de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Allá conocerían las necesidades de todo el mundo. Yo estaba dispuesto a ir donde me enviaran. Fueron muchas y grandes las dificultades que de superar, tanto por parte de mis paisanos como por parte de los superiores. No fue fácil que me admitieran la renuncia a la parroquia, pero con la ayuda Señor lo conseguí. Era el mes de junio de 1839.

Con el corazón cargado de ilusiones misioneras, me dispuse a emprender hacia Roma. Fue un viaje complicado, en aquella situación hostil. Hube de ir a pie hasta Marsella. Desde allí embarqué hasta Roma. Sorteé el cansancio de un camino tan largo: peligros de salteadores; peligros de tormentas. En medio de tantas penalidades me sentía feliz al pensar que también Jesús, en sus andanzas anunciando el Reino, vivió situaciones parecidas.

Mi ilusión era firme y decidida y la mano del Señor estaba claramente conmigo. El día de Nuestra Señora del Rosario arribamos a la ciudad eterna.

En la Compañía Jesús

Mi deseada entrevista con el cardenal encargado de Propaganda Fide no podía realizarse en ese momento. Esto me animó para aprovechar el tiempo en celebrar los ejercicios espirituales en una casa de jesuitas. Allí el Señor me tenía preparada una sorpresa.

Al conocer mis intenciones de marchar de misionero a cualquier parte del mundo, me hicieron ver que aquello podría hacerlo mucho más eficazmente desde la Compañía de Jesús. Siendo jesuita tendría la oportunidad de vivir mi vocación misionera junto a tantos otros jesuitas que sentían esa misma inclinación que se encontraban repartidos a lo ancho de todo el mundo.

La idea me entusiasmó de tal forma que, a primeros de noviembre de 1839, y de la noche a la mañana, me encontré como jesuita.

Mi vida como jesuita fue corta pero interesante. A los cuatro meses de estancia en el noviciado me surgió una extraña enfermedad en la pierna derecha. Llegaron a pensar que me quedaría tullido. Interpretamos este contratiempo como un signo de la voluntad de Dios, que querría para mí otra cosa. Con el tiempo he podido conocer cómo fue una verdadera inspiración de Dios la opinión del Padre General. Después de haberme oído, me dijo con toda resolución y sin titubear: *“Es voluntad de Dios que usted vaya pronto, pronto a España. No tenga miedo; ánimo”*.

La estancia fue interesante, porque lo que allí aprendí me ha servido mucho en el trabajo apostólico. Me familiaricé con el modo de dar los ejercicios espirituales de San Ignacio; el modo de predicar; cómo catequizar y confesar de la forma más eficaz y provechosa. Aparte de esto, comprendí el sentido universal la Iglesia y de mi vocación, que no podía reducirse a los limitados horizontes de un pueblo o de una región. Comprendí también el gran valor que tiene la vida comunitaria para una mayor eficacia apostólica. AHÍ aprendí, en definitiva, muchas cosas que con el tiempo me han servido mucho.

Entiendo que todo este viaje a Roma, que comenzó con una intención determinada, lo aprovechó el Espíritu Santo sobre mí para que me formara más profundamente en la vocación apostólica.

Párroco, médico y misionero

A mediados de marzo de 1840 salí de Roma con dirección a Cataluña. El 13 de mayo ya me encontraba en Viladrau (Gerona), con el nombramiento de Regente. Aquí me acabé de restablecer de la enfermedad de la pierna.

Viladrau era un pueblo abandonado de la mano de Dios. La guerra civil había provocado una fuerte emigración. Sólo habían quedado las clases más humildes.

Yo atendía aquella parroquia del mejor modo que sabía, pero mi atención fue más que una preocupación pastoral. Al no haber médico en la población, me preocupé también de la salud corporal de mis feligreses. Apliqué remedios de diverso tipo: hierbas medicinales y otros preparados de farmacia, que ya conocía o que tuve que estudiar para el caso. Llegó a correr la fama por el entorno de que yo curaba y hasta mi llegaban enfermos de distintos lugares buscando el remedio para su mal.

En esta parroquia de Viladrau comencé las misiones, que luego extendí a otros pueblos cercanos. Como el pueblo tenía teniente cura, en mi ausencia él cargaba con toda la parte espiritual. Esto me vino muy bien, porque facilitó grandemente mis primeras excursiones misioneras.

La gente de Viladrau no quería que me apartara de ellos. Querían que estuviera siempre en el pueblo siendo su párroco y su médico: No veían con buenos ojos que saliera a predicar otras partes, porque entonces se sentían solos y desatendidos

Cuando volvía de dar alguna misión, venían a verme y se lamentaban del tiempo que había estado ausente. De mil formas y con mil súplicas todos me pedían que no saliese más a predicar.

Esta situación me obligó a plantearme definitivamente mi vocación misionera. Yo no quería que nadie sufriera por mí, pero tampoco quería que nadie se interpusiera en la misión que había recibido del Señor.

Por todo esto, pedí a mi superior que me exonerase del cargo de regente y me liberase de otros cargos parroquiales.

Le pedí también que me tuviera siempre a su disposición para ir a predicar a donde el quisiese.

Mi superior eclesiástico comprendió perfectamente las razones que le aduje. Me liberó del entorpecimiento que suponía estar sujeto al cargo parroquial.

Esto me habría de dar una gran libertad de movimiento para estar, en toda ocasión dispuesto a misionar en los lugares que me señalase la obediencia.

Después de tomarme unos días de descanso en Barcelona, llegué a Vic el 1 de febrero. Vic sería, durante bastantes años, el centro de todos mis trabajos misioneros. Aquí comenzaría a vivir y permanecería durante bastantes años, como Misionero Apostólico.

Este fue el momento culminante y central en mis aspiraciones y en mi vocación.

III. MISIONERO APOSTOLICO

Misionero como Jesús: un hombre lleno de amor

Misionero apostólico.

Por fin podría imitar a Jesús, el andariego de los caminos de Galilea. A ese Jesús que no tenía donde reclinar su cabeza y cuyo alimento consistía en hacer la voluntad del Padre que le envió. Misionero como los Apóstoles. Como Domingo de Guzmán y Juan de Ávila. Como Vicente de Paúl, Alfonso de Ligorio o Diego de Cádiz. Yo me sentía identificado con esta vocación.

Yo entiendo que el Misionero apostólico ha de sentirse siempre urgido por la salvación de los hombres. Esto por una sencilla razón: el misionero es un hombre lleno de amor. Ser misionero será una forma apasionada de amar.

Cuando falta el amor en el misionero, todas sus cualidades serán perfectamente inútiles. Si junto con todas sus cualidades sabe amar de verdad, el misionero lo tiene todo. La experiencia me ha enseñado que lo mejores res son aquellos que mejor saben amar.

Este amor del misionero habrá de convertirse en pasión; en fuego. La caridad de Cristo penetra en él y lo convierte en otro Cristo, al mismo tiempo que le impulsa a la evangelización de los hombres.

El fuego que llegó sobre los Apóstoles el día de Pentecostés y los convirtió en enviados de la Buena Noticia, es el que hace del misionero un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa.

Esta urgencia amorosa por la salvación de los hombres será también la energía que impulse a la acción. Por esto entiendo el amor como hacer y sufrir. En el misionero la forma concreta de amar a Dios es trabajar y sufrir por la salvación de los hombres.

La caridad es la vida del Espíritu, que coima al misionero y que se manifiesta en el amor al prójimo.

Este afán por la salvación de los hombres no es sino participar del mismo espíritu de Jesús.

Misionero como Jesús: enviado por el Padre

Por mi parte sentía que la caridad de Cristo me urgía. Sentía que el Espíritu del Señor estaba sobre mí: en mis palabras; en mis ansias misioneras. Sentía que ese Espíritu me enviaba y hablaba por medio de mí.

En efecto. Me sentía también identificado con la vocación misionera, porque no comprendo el ser misionero sin ser enviado. Es el Espíritu quien se comunica al misionero y le dispone a que la Iglesia le envíe.

Yo estaba convencido de la necesidad que tiene el misionero de ser enviado para dar fruto. A esta conclusión llegué observando cómo todos los profetas del Antiguo Testamento fueron enviados por Dios. El mismo Jesucristo fue enviado por el Padre. Jesús envió a los Apóstoles.

Por esto yo creo que los misioneros, que han sido llamados para colaborar en la salvación de los hombres, deben ser también enviados.

Veía que era importante el ser enviado y que el Prelado me enviara a predicar. Que él me señalara el lugar a donde tuviera que ir. Esto lo vi claro desde el principio. La voz del Prelado sería para mí como un mandato del mismo Dios. Por esto obedecía siempre y con la mayor presteza.

Este criterio lo mantuve siempre, tanto en mis tiempos de Cataluña como durante los meses que estuve en Canarias.

Yo no podía concebir nunca la misión evangelizadora sin obediencia: obediencia filial y apostólica, como la de Jesús. Ahí está su importancia y su necesidad. Por esto considero la obediencia como una condición para ser misionero.

Misionero como Jesús: una vida ejemplar

Otra razón por la que siempre me sentí identificado con la vocación de misionero es porque siempre he pensado que quien se dedica al ministerio apostólico tiene que vivir

una vida verdaderamente apostólica: profetismo y evangelización condicionan el talante del profeta y del apóstol.

Por su misma vida tiene que ser signo, transparencia del Reino, Evangelio de Cristo, como Cristo lo es del Padre. Tiene que vivir una vida enteramente evangélica: fraternidad como los doce, pobreza, castidad, obediencia. Esto es, una vida enteramente apostólica.

Yo sé que a la vida apostólica se llega por una vocación especial, a la que ha de corresponder en plena fidelidad al Evangelio, lo que sólo es posible siguiendo las huellas de Cristo evangelizador. Por esto digo que el Misionero Apostólico ha de ser un ejemplo vivo de todas las virtudes, ha de ser la misma virtud personificada.

Igual que Jesucristo hacía, también el misionero tiene que ser y hacer para luego poder enseñar. Todo misionero que no responde a esto y cuya vida no lo que predica, podemos decir, sin miedo a equivocarnos, que sólo es un comediante.

El misionero debe ser al mismo tiempo profeta y testigo. Ungido y enviado para proclamar la Palabra que nos salva, debe convertirse él mismo en palabra de vida y salvación. Por esto siempre he procurado la ejemplaridad y la he pedido también a los misioneros. El testimonio de vida es un medio privilegiado de evangelización y debe resplandecer, ante todo, en vivir la vida de pobreza, tal como la vivieron los Apóstoles.

Mi propio estilo misionero

Obtuve el título de Misionero Apostólico, el 9 de julio de 1841.

Para mí este título no fue ni un honor ni algo meramente jurídico. Ante todo fue una confirmación de lo que yo sentía en mi interior. Por encima de todo yo le di un sentido teológico y evangélico, que significara mi estilo de vida: como los Apóstoles con Jesús, viviendo en pobreza evangélica y en fraternidad compartida con los hermanos.

Al margen de otros significados históricos o jurídicos, la palabra **misionero** para mí significa evangelización: el servicio profético de la Palabra, dejando más a un lado las estructuras pastorales y la sacramentalización. Lo he sentido siempre como algo referido al mismo Cristo: Cristo ungido y enviado, cabeza de los misioneros.

Por esto mismo yo siempre me sentí llamado a configurarme con Él, a vivir su intimidad, a imitarlo, a testimoniarlo hasta la muerte, a proclamar su mensaje de salvación.

Desde aquí entiendo todos los rasgos y actitudes misioneras de Jesús evangelizador. Mis preferencias van siempre a la vida pública de Jesús, a su predicación, a sus conversaciones, a su orar constante, a pasar mil sudores y fatigas con los que la humanidad de Cristo revela el misterio de Dios a los hombres.

La palabra **apostólico** la entiendo siempre referida a los Apóstoles, que fueron llamados a compartir la intimidad y la amistad con Jesús.

Ellos fueron enviados a predicar la Buena Noticia hasta los últimos rincones de la tierra.

Entiendo esta palabra referida al estilo de vida centrado en la pobreza, la itinerancia y la fraternidad al servicio de la evangelización, entendida como un servicio profético de la Palabra.

Por los caminos de Cataluña

Durante los siete años que duró mi trabajo misionero por Cataluña, prediqué en más de 150 poblaciones.

Para ir de una población a otra seguía el criterio que me indicaba mi superior: a veces atendíamos a quien lo hubiera pedido antes; otras veces, teniendo en cuenta lo revueltos que estaban los tiempos, saltábamos de extremo a extremo con el fin de burlar a posibles perseguidores.

Todo el mundo sabía que yo no me metía en política. Los gobernantes también lo sabían, pero les daba miedo ver el gentío que llegaba de todas partes cuando yo predicaba. Además, temían que cualquier insinuación mía pudiera provocar un levantamiento de la gente. Por eso querían prenderme, pero jamás me pudieron detener.

Durante estos siete años siempre estuve andando de una población a otra. Andaba sólo y a pie. Tenía un mapa de Cataluña y por él me guiaba. Medía en él las distancias y marcaba las posadas. Por la mañana hacía cinco horas de viaje y otras cinco por la tarde. Unas veces iba con lluvia, otras con nieve y en verano con soles abrasadores. Este era el tiempo que más me daba que sufrir. Además, se me formaban ampollas en los pies, que me hacían andar cojo.

Las nieves también me dieron ocasión de ejercitar la paciencia, cuando eran muy grandes las nevadas y cubrían todos los caminos y me hacían desconocer el terreno. Yo por esto caminaba al través y me hundía en los barrancos llenos de nieve.

Como siempre iba a pie, me juntaba con arrieros y gente ordinaria a fin de hablar con ellos de cosas de Dios e instruirles. Con ellos el camino se me hacía más llevadero.

Dificultades y persecuciones

No sólo me hicieron sufrir los calores y los fríos, nieves y lodos, lluvias y vientos, ríos y mares. También el demonio me perseguía muchísimo.

En una ocasión hicieron caer una piedra cuando yo pasaba. En otra ocasión, por la tarde, estando la iglesia atestada de gente, se desprendió una piedra del arco toral; al llegar al suelo se hizo añicos, pero no dañó a nadie. Fue la admiración de todos los presentes.

En otra ocasión y cuando la gente estaba más centrada en la predicación, llegó un paisano gritando que había fuego en el pueblo. En seguida comprendí que aquello era un engaño y así se lo hice saber a la gente.

Cuando predicaba en campo raso, nos amenazaban las tormentas y tempestades. Yo mismo tuve que padecer enfermedades terribles.

A pesar de todo, era evidente que el Señor me protegía. Me guió rectamente por caminos desconocidos; me libró de ladrones y asesinos; me llevó a puerto seguro, sin saber cómo.

Más de una vez se corrió la voz de que me habían asesinado. La buena gente me aplicaba sufragios. Que Dios se lo pague.

En medio de estas alternativas pasaba de todo. Tenía ratos muy buenos otros muy amargos en que me fastidiaba la misma vida y entonces mi único pensar y hablar era del cielo. Esto me consolaba y animaba mucho.

Habitualmente no rehusaba las penas, sino que las amaba. Deseaba morir por Jesucristo. Yo no me ponía temerariamente en los peligros, pero sí me gustaba que me enviaran a lugares peligrosos por si tenía la dicha de morir por el Señor.

Todas mis aspiraciones han sido siempre morir en un hospital como pobre o en un cadalso como mártir o asesinado por la fe. Quería sellar con mi sangre las virtudes y verdades que he predicado y enseñado.

De esta forma trabajaba

En todas las poblaciones a donde iba a predicar no sólo me dirigía a las masas del pueblo, sino también a los sacerdotes, estudiantes, monjas, hermanas, enfermos de los hospitales y presos de las cárceles.

Mientras iba de una población a otra reflexionaba sobre mi trabajo para que el fruto de las misiones y de los ejercicios espirituales fuera más estable. Pensando en esto se me ocurrió que podría ser un medio eficaz el dar por escrito todo aquello que les decía de palabra. Esta fue la razón que me llevó a escribir libros y opúsculos para todos, con el título de "Avisos" a diferentes clases de personas. Para poder propagar mejor estos libros se me ocurrió fundar Librería Religiosa.

El estilo que me propuse desde el principio fue el del Evangelio: sencillez y claridad. Para esto me valía de comparaciones, semejanzas y ejemplos, históricos y verdaderos. La mayoría de los ejemplos los tomaba de la Sagrada escritura. Me di cuenta en seguida de que lo que más gustaba a todos, sabios e ignorantes, eran las comparaciones de cosas naturales.

Cuando iba de una población a otra nunca llevaba ningún tipo de interés personal. Sólo quería la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres:

- No me movía el dinero, porque no quiero dinero de nadie.
- No me movía el placer, porque poco placer puede haber entre tantas fatiga trabajos, un día y otro.
- No me movía el honor, porque con mucha frecuencia lo único que me lleva eran insultos y calumnias.

Con toda franqueza puedo decir que, cuando pienso en la salvación de los hombres, no tengo descanso; no tengo consuelo; mi corazón se pone en camino.

La caridad me urge, me impele, me hace correr de una población a otra, me obliga a gritar.

Siempre me preocupaba por hacer felices a los demás y esta era mi ocupación continua.

María: Madre y Maestra

Ni en mi vida personal ni en mis andanzas misioneras podía olvidarme de la figura maternal de María. Ella es todo corazón y todo amor. Siempre la he visto como la Madre del Hijo-enviado y esto la hace Madre mía, Madre de toda la Iglesia. Madre de todos los hombres.

Yo he sido fraguado en su amor de Madre. La caridad que vive en mí es la caridad de Jesús y de María, la Madre. Yo soy un instrumento de su maternidad. Ella está siempre presente en mi vida y en mi voz misionera.

Por todo esto, María ha sido siempre mi fuerza y mí guía. Mi alivio y mi consuelo. Mi maestra, mi modelo, mi todo.

Cuando comenzaba alguna misión, a Ella la encomendaba. Me ponía en sus manos para que me lanzara con toda la fuerza de su brazo. María era, en definitiva, toda corazón.

Todos los medios posibles

Para una mayor eficacia en mi trabajo misionero, utilicé todos los medios que estaban a mi alcance. Principalmente los siguientes:

La oración: Es el más importante de todos. Rezaba yo y pedía a todos que rezasen por nosotros.

Catequesis a niños y adultos. En cuanto a los niños, además de ser el fundamento de su formación religiosa y moral, es un medio magnífico de llegar a los padres. En cuanto a los mayores, porque es un medio extraordinario para formarles y rescatarles de su propia ignorancia.

Los ejercicios espirituales, tanto en los sacerdotes como en el resto de la gente, producen una conversión más duradera que los sermones.

Los sermones. Son una forma de mover a la gente hacia la conversión, aunque no es fácil adaptarse a tanta gente a la vez.

Libros y hojas sueltas. La imprenta es un medio magnífico para hacer el bien, como puede utilizarse para lo contrario. No todos pueden o quieren escuchar la palabra...entonces la palabra llegará hasta ellos.

Las conversaciones familiares. Aprovechar cualquier momento y situación para testimoniarles el amor de Dios sobre nosotros, es una magnífica forma de aprovechar el tiempo, evitando tantas conversaciones absurdas y superficiales, y a la vez haciendo el bien a los demás.

Los objetos religiosos. Siempre lo he hecho y sin reparar en gastos. Todo es un recuerdo y un estímulo al amor y a la piedad.

El testimonio de mi vida

Pero yo estaba totalmente convencido, como ya he dicho en otra parte, que uno de los medios principales y más eficaces, era el testimonio de mi propia vida. Por esto, me propuse ejercitarme en:

La humildad. La considero el fundamento de todas las demás virtudes. Mediante esta virtud iba fraguando mi vida y moldeándola a lo que el Señor tuviera dispuesto sobre mí. En definitiva, mi actitud debe ser la del que sabe que no se puede gloriarse ni envanecer, porque por mí mismo nada soy y nada tengo, nada puedo, nada hago y nada valgo. Soy como una sierra en manos del aserrador. Es Dios Nuestro Señor quien ha actuado y actúa por mí. Yo debo ser un buen instrumento.

La pobreza. En el tiempo que corremos se adora al dinero como al único dios importante y poderoso. El egoísmo ha arraigado fuertemente en nosotros. Ante esto, la pobreza sería una denuncia. Nada tenía y nada quería. Todo mi equipaje era un hatillo con el breviario, la Biblia y una muda de ropa. Nada más. Me acordaba siempre de Jesús, que nació, vivió y murió pobre, y exigió la pobreza a todo el que quería seguirle.

La mansedumbre. Es como un fruto del amor de Dios en nosotros. Es necesario saber tratar a los demás con delicadeza y dulzura. Hay que vivir, en paciencia y paz interior, los trabajos y los sufrimientos.

Dios nos manda a guerrear frente al mal, pero nos envía con el encargo de perdonar. Esto nos ha de estimular a actuar con firmeza pero con suavidad, con entereza pero con cariño.

La modestia. Esta virtud nos enseña a hacer las cosas del modo debido. Nuestro modo no es otro sino la forma como actuó Jesús. Por esto siempre me preguntaba cómo Jesús actuó o actuaría en situaciones análogas a aquellas en las que yo me encontraba.

En todo pretendía imitar a Jesucristo a fin de poder decir, si no de palabra, al menos de obra, como el Apóstol: "Imitadme a mí, así como yo imito a Cristo".

La mortificación. He observado que se forma muy mal concepto del misionero que no sabe dominarse en sus apetencias y en sus caprichos. El hombre débil no vale para ser testigo del Señor.

Esta mortificación tiene que manifestarse en la forma de hablar, de mirar, de gustar..., en todo. Ser misionero requiere un estar ante las personas, el mundo y las cosas como quien quiere testimoniar qué es lo importante y cuál es el sentido verdadero de la vida y de las cosas.

En definitiva, quería siempre imitar las virtudes de Jesús Misionero. Cómo era su comida, su vestido, su talante general. Cómo trataba a la gente. Cómo sabía ser el amigo de los niños, los pobres, los enfermos y los pecadores.

Todo esto sólo lo puedo con la ayuda del Señor. Por esto lo pedía a El insistentemente.

Canarias: sombra del Nublo

Así fueron transcurriendo mis años de misionero por los caminos, pueblos y masías de Cataluña. Toda mi vida los recordaré con cariño.

El ir y venir con el corazón lleno de ilusión, la voluntad decidida y en mi mano el hatillo con las cosas más elementales, habría de ser, con el tiempo, lo que definiera mi vida y mi persona. Sería la expresión externa de mi vocación.

Pero por aquel entonces surgió un problema que, con la ayuda del Señor, se convirtió en otra posibilidad misionera.

Por el mes de agosto de 1847 aparecieron unas partidas de anti-realistas por los pueblos de Cataluña. La prensa que se ocupaba de ello afirmaba que no harían nada sin contar con Mosén Claret (Esto lo hacían para comprometer mi nombre y tener un pretexto con que impedir mi predicación).

Estando así las cosas, me invitaron para ir a predicar en las Islas Canarias. Con la autorización y el envío de mi obispo emprendí el viaje rumbo a esas tierras que llaman afortunadas.

El 11 de marzo de 1848 hicimos escala en Tenerife. El día 14 fondeamos en el Puerto de La Luz de Las Palmas de Gran Canaria.

Las Islas Canarias eran, por entonces, un rincón perdido y olvidado entre aguas del Atlántico. Nacidas de las entrañas mismas de los mares, aparecen llenas de policromía y encanto: ríos de lava, montañas de cenizas, barrancos abruptos, valles verdes donde se agolpan las plataneras, playas y costas, pueblos de casas blancas y pardas. Todo en un clima de extraña primavera y en un rumbo constante que va más allá de los mares.

La isla de Gran Canaria pasaba entonces por uno de los trances más amargos de toda su historia. Cuando aún no había pasado del todo la horrible pesadilla del hambre, vino la fiebre amarilla a sembrar de lágrimas y luto todos los rincones de la isla. La población había quedado diezmada.

Las gentes supieron llevar, con una resignación que raya en lo heroico, estos tremendos estragos irremediables. ¡En qué abandono estaba todo!

No había sacerdotes que les ayudaran en su vida. Ojala no les hubieran escandalizado con su forma de vivir.

El ambiente religioso era de indiferencia y apatía. La inmoralidad pública, el fraude, la injusticia, la avaricia, la superstición: todo se daba cita en estas tierras, tan profundamente acogedoras, por otra parte.

El Padrito

Desde que puse pie en el archipiélago comencé a predicar. Fue en Santa Cruz de Tenerife. Luego en toda la isla de Gran Canaria. Después llegué hasta Lanzarote.

Pero fue en Gran Canaria donde se centró toda mi actividad. Allá comenzaron a llamarme “Padre Claret” o “Padrito”, como cariñosamente me decían los canarios.

Comencé dando ejercicios espirituales a sacerdotes y seminaristas. Luego hice la misión en Las Palmas. Posteriormente en todas las parroquias de la isla.

Con mucha frecuencia tenía que predicar en las plazas, porque en los templos no cabía la mucha gente que se reunía para asistir a la misión.

Lo que más me apuraba era atender a todos en confesión. Eran muchas horas e incluso días lo que algunos debían esperar para poder confesarse.

Cuando concluía la misión, toda la gente me acompañaba y la población adonde iba me salía a recibir.

Prediqué, confesé, di catecismo y ejercicios espirituales. Visité enfermos. Recorrí desde a costa hasta la cumbre.

Los llevo en el corazón

A primeros de mayo de 1849 di por terminada mi tarea en las islas. El señor obispo me quiso comprar, como regalo, ropa nueva, pero yo no lo quise aceptar. Sólo me llevé unos rasgones en mi capote, que la gente me hizo en su afán por acercarse a mí.

Fue un total de 15 meses. Todos os días trabajé, ayudado por la gracia del Señor.

Posteriormente, cuando iba camino de la isla de Cuba, quise hacer una visita a aquellos buenos canarios. Ellos también me esperaban y se prepararon para recibirme. Pero el mar no quiso colaborar: estaba tan alborotado que, después de esperar durante algunos días, tuvimos que reemprender el viaje sin poder saltar a tierra.

Qué hermoso recuerdo tengo de aquellos 15 meses. Cuando desde la popa de nuestro barco veía perderse la isla por el horizonte, me di cuenta hasta dónde los quería. Esos canarios me habían robado el corazón.

La Congregación de Misioneros

A mediados de mayo de 1849 llegué a Barcelona. Me retiré a Vic.

Estaba dispuesto a realizar un proyecto que, desde hacía tiempo, llevaba dentro de mí.

En Vic comenté con unos amigos la idea que tenía de fundar una congregación de misioneros que fuesen y se llamasen Hijos del Inmaculado Corazón de María. A todos les entusiasmó la idea.

Para llevarlo a cabo unos brindaron las instalaciones del seminario que, durante las vacaciones del verano, habrían de quedar libres. Allí podríamos comenzar nuestras reuniones.

El obispo de Vic aplaudió también la idea que le había manifestado y nos dio todas las facilidades. El mismo haría personalmente las gestiones para habilitar el convento de La Merced, que el gobierno había dejado a su disposición.

Yo, entretanto, hablé con algunos sacerdotes, a quienes Dios Nuestro Señor había dado el mismo espíritu de que yo me sentía animado. Estos eran: Esteban Sala, José Xifré, Domingo Fábregas, Jaime Clotet y Manuel Vilaró.

El 16 de julio de 1849, estando ya reunidos, con aprobación del obispo y del rector del seminario, comenzamos los ejercicios espirituales.

Como tema de la primera plática elegí aquellas palabras del salmo 22: "Tu vara y tu cayado son mi consuelo". Aludí a la confianza y devoción que hemos tener en la Santa Cruz y en María Santísima.

En este sentido fui aplicando todos los versículos del salmo. De aquellos ejercicios salimos dispuestos a permanecer unidos y a ser siempre fieles a la gran obra que acabábamos de comenzar.

Yo siempre doy gracias y bendigo al Señor, porque, sin merito nuestro, nos escogió para Hijos del Inmaculado Corazón de María. Doy gracias a María porque Ella nos aceptó como hijos suyos. Y pido constantemente para que sepamos responder a esta gracia recibida. Pido para que siempre progreseemos en la fe, el amor y la esperanza y trabajemos ardientemente por la salvación de todos los hombres.

El talante misionero

Siempre he considerado la vocación de misionero como la vocación ideal, la más elevada y eficaz. El misionero se hace coadjutor de Dios y salvador del mundo con Cristo. Este convencimiento lo he tenido durante toda mi vida.

Como orientación, a los misioneros sólo les di unos ciertos criterios para su ministerio. Era una aplicación misionera de las Virtudes que más resplandecen en Jesús evangelizador. Estas virtudes han de disponer al misionero para ser un buen instrumento en a extensión del Reino de Dios.

Aunque ya se ha podido ver a lo largo de mi vida misionera, quiero sintetizar brevemente los elementos más típicos y más significativos, que configuran el talante misionero:

La evangelización itinerante. El Misionero Apostólico es un hombre poseído por el Espíritu, desinstalado y lanzado al anuncio del Reino de Dios.

El misionero debe ser un portador itinerante de la Palabra. Debe llevarla de una parte a otra, como Cristo, como los Apóstoles, como Pablo, que recorrieron incansablemente todos los caminos y las naciones anunciando el Evangelio. Por esto mismo el misionero no puede estar atrapado por cualquier otro tipo de estructuras que limiten sus movimientos. La Palabra que se le ha dado no puede quedar encadenada. Por esto renuncié yo a mi parroquia y por eso mismo, cuando me exoneraron de mi diócesis de Cuba, como luego diré, no quise aceptar ninguna otra sede residencial.

La pobreza apostólica. Como ya dije, en las virtudes que pretendía conseguir, a pobreza y la vocación apostólica se implican mutuamente. Así lo vivieron Jesús y los Apóstoles.

La pobreza del misionero debe tener sus manifestaciones externas (viajes, vestido, gastos, etc.), pero, sobre todo, debe que tener una dimensión interior: supone la renuncia a sí mismo y a todo lo que no sea Dios. Supone la humildad, la sencillez, el trabajo, la mortificación, la paciencia.

Dios quiere que se dé un público testimonio en favor de la pobreza. Siempre pretendí ser pobre y vivir pobremente. A veces se me hizo esto muy cuesta arriba, pero era tanta la alegría que sentía con la pobreza, que no gozan tanto los ricos con sus riquezas como gozaba yo con mi pobreza.

Esta pobreza apostólica, así vivida y testimoniada, es un elemento esencial del Misionero Apostólico, porque le libera y le hace disponible para la misión.

La vida fraterna. Aunque yo procuraba misionar con otros compañeros, casi siempre me tocó vivir la misión en solitario. Pero la reflexión sobre el Evangelio y mi propia experiencia personal, me llevaron a considerar la fraternidad como un signo eficaz de testimonio y fuerza evangelizadora.

La común vocación apostólica lleva necesariamente a la comunión de vida fraterna.

Esta fue la razón por la que en la Congregación de Misioneros seguíamos una vida perfectamente común: vivíamos en comunidad una vida verdaderamente pobre y apostólica.

Nuestra vida fraterna se caracteriza, sobre todo, por la comunión en el mismo ideal evangelizador, y por la caridad que lo fundamenta. Esta comunidad, si es comunidad orante de profetas y apóstoles, se convierte en la primera y más inequívoca palabra de evangelización.

Estos son los rasgos que configuran el talante del misionero. Así he pretendido ser, y esto he procurado enseñar. Hermosa tarea que nos hace como ese Jesús que gastó los últimos años de su vida en anunciar que el Reino de Dios vivía ya entre nosotros y estaba al alcance de nuestra mano.

IV. POR ENCIMA DE TODO SOY MISIONERO

Arzobispo de Cuba

Al terminar unos ejercicios espirituales que en el mes de agosto daba en la iglesia del seminario, me mandó llamar el señor obispo. Al llegar me entregó un nombramiento para el Arzobispado de Cuba.

Yo me quedé muerto con la noticia. Dije que de ninguna manera aceptaba. Supliqué al señor obispo que respondiera por mí, diciendo que de ninguna manera podía aceptar. No me sentía llamado a otra cosa que a ser siempre misionero.

El señor obispo de Vic, en quien tenía toda mi confianza y a quien profesaba absoluta obediencia, me mandó, formalmente que aceptara. Este precepto me estremeció. Por una parte, no me atrevía a aceptar: por otra, quería obedecer.

Le supliqué encarecidamente que me concediera unos días para reflexionar y orar, antes de dar mi respuesta.

Además de esto, lo consulté con otros amigos, dignos de toda mi confianza, y hombres de reconocida virtud y sabiduría. Todos me dijeron que era voluntad de Dios aceptar el nombramiento.

Acepté el día 4 de octubre, dos meses después de haber recibido el nombramiento. El día 6 de octubre fue mi consagración episcopal.

En la isla de Cuba

Después de los viajes y visitas que exige el protocolo en estos casos y después de volver a mi tierra para despedirme de tantas personas y tantos lugares entrañables, el día 28 de diciembre embarqué en el puerto de Barcelona rumbo a aquellas lejanas tierras que el Señor había confiado a mi cuidado pastoral.

El viaje bien podemos calificarlo de viaje misionero. Durante las escalas que hacíamos aproveché para predicar en cada lugar. Pero sin duda el momento más significativo fue la misión que di a bordo, sobre cubierta. Todos asistían: viajeros y tripulación. Quedamos muy amigos. Cada vez que llegaban a La Habana, venían a visitarme.

El día 16 de febrero llegamos felizmente. Al día siguiente hice la entrada solemne y a los 15 días fui a visitar la imagen de la Virgen de la Caridad, en la ciudad de El Cobre.

Desde el principio me di cuenta de la situación tan calamitosa en que se encontraba la diócesis. El trabajo se presentaba difícil. Era un territorio muy extenso con muy deficientes vías de comunicación. El clima, ardiente. Religiosamente, nos podemos

hacer una idea si tenemos en cuenta que llevaban 14 años sin obispo. En algunas zonas hacía 60 años que no iba el obispo.

Aparte de esto, había otros problemas sociales y políticos: la esclavitud era una dolorosa realidad extendida por todos los rincones; el clima político era inquietante y en él se palpaba que el ambiente separatista iba en aumento, potenciado por los ideales de unos cuantos y los intereses económicos y expansionistas de otros muchos.

Arzobispo Misionero

El día de mi toma de posesión puse la diócesis en manos y bajo la protección de la Santísima Virgen. Ella habría de ser la verdadera Prelada. Mi forma de gobierno sería la que ella me inspirase.

Ante la ingente tarea que tenía delante, procuré descargar en otros colaboradores los asuntos de administración ordinaria y me reservé personalmente la evangelización. Por los grupos de misioneros que enviaba y dirigía a diferentes partes, iba extendiendo la Palabra a todos los lugares.

Así, pues, comencé con la visita pastoral a la ciudad. A partir de ahí todo fue misionar y predicar.

Dediqué la mayor parte de mi tiempo y de mis energías a la predicación misionera. Las visitas pastorales eran, ante todo, un tiempo de convivencia familiar y de evangelización directa del pueblo que Dios me había confiado.

Durante los dos primeros años visitamos todas las parroquias del arzobispado. En todas se dio misión, por mí mismo o por algún compañero. En las parroquias rurales, que tenían tanta extensión, se dieron muchas. Aprovechábamos cualquier secadero de tabaco o cualquier cobertizo para centrar la misión.

Escribí muchas circulares desde los primeros días que llegué hasta el final de mi tiempo en la diócesis. Antes de escribir, no obstante, quise hacer la visita por toda la isla, para que mis palabras respondieran a los problemas reales de la diócesis y evitar de esta forma el publicar tratados teóricos que acabarían llevados por el viento.

Mi trabajo misionero

En los seis años que estuve allá hice cuatro veces la visita a cada parroquia.

Tuve que adoptar una actitud sincera y decidida ante los problemas más urgentes que se me presentaron:

- Ante el racismo, que tenía marginados a negros y mulatos, con una serie de leyes y disposiciones que le negaban determinados derechos, di la cara y defendí la libertad de cada cual para contraer matrimonio con quien quisiera y para que todos pudieran responsabilizarse de sus hijos.

- Ante la esclavitud, que tanto abundaba en aquellas fincas de tabaco o caña, mantuve firme mi postura sobre la dignidad de cada 'hombre, prescindiendo del color de su piel. Nadie tiene derecho a considerar propiedad particular a otro hombre.
- En una situación de tensiones políticas y secesionistas, donde tan frecuentes eran los atentados, detenciones y ejecuciones, intenté mantener siempre el valor del perdón, la concordia y la convivencia. A los respectivos gobernantes les pedía siempre que tuvieran comprensión y buen gobierno, que tanto se echó de menos en aquellos tiempos.
- Ante los encarcelados, procuré que se les dieran todas las comodidades posibles. Insistí para que tuvieran una educación lo más completa posible. Influí para que se instalaran talleres de manera que el preso pudiera adiestrarse en algún trabajo. A su vez, el rendimiento de o que trabajaran podría repercutir tanto en mejorar las instalaciones carcelarias como en procurarles unos ahorros que se les entregarían al abandonar la cárcel.
- Ante el abandono de los niños, hice que se establecieran escuelas de instrucción. Serían gratuitas para los pobres y de pago para los ricos. Preparamos un programa educativo que se adaptara a los niños y otro distinto para las niñas.
- Para atender mejor muchas de estas actividades, fundé un convento de religiosas de la enseñanza, a las que puse bajo la protección de María Inmaculada. En esta tarea trabajó incansablemente la joven Antonia París Riera, que vino desde la península para este objeto.
- Ante los muchos enfermos, desasistidos de médicos y remedios para sus males, se procuró atender los hospitales en las grandes ciudades y organizar, en las poblaciones pequeñas, a atención domiciliaria. Procuramos confiar la atención de los enfermos a personas de toda nuestra confianza.
- Ante las pocas perspectivas laborales, organicé la granja-escuela de capacitación profesional. El objetivo era poder recoger a tantos niños que se pierden por la calle pidiendo limosna. Allí se les mantendría y se les enseñaría el oficio que quisieran. Con una hora de trabajo en la finca podrían mantenerse y aun recoger unos ahorros, que se pondrían a su nombre. Al término de su preparación, se les entregarían esos ahorros para que comenzaran a abrirse camino.
La fundación tendría diversos gabinetes, biblioteca, granja y un jardín botánico. Yo mismo planté muchos árboles.
Intenté dotarla de libros de texto adecuados.
Escribí el libro "Delicias del campo", que fue de gran utilidad en las haciendas de aquella isla.
- Ante la falta de recursos y el malgastar de dinero, puse en la diócesis la Caja de Ahorros. El objetivo era ayudar a los pobres. Vi que, si se les orienta bien y se les proporciona un modo honesto de ganarse la vida, pueden conseguir grandes cosas. Queríamos prestar a cuantos nos pidieran, pero dando prioridad a los menos pudientes y luego a quienes querían comprar tierras o animales o a cuantos querían dedicarse a la agricultura o a algún oficio.
Los beneficios estaban destinados a las doncellas y a las viudas pobres.

Atentaron contra mi vida

Mi afán se centraba tanto en lo espiritual como en lo material. En todo se sentía comprometida mi preocupación misionera.

Pero, como suele decirse en estos casos, a muchos molestaba la proclamación del Evangelio y esto o hube de sufrir en mi propia carne. Con mi sangre sellé lo que predicaba.

En efecto, levantaron muchas calumnias contra mí personalmente y contra mis colaboradores. Esto nos hizo sufrir mucho.

- Tuve también diversos atentados contra mi vida. El más significativo fue el de Holguín. Era el 1 de febrero de 1856. Acababa de predicar sobre el misterio de la Purificación de la Santísima Virgen. Al concluir la función y cuando iba camino de casa, se acercó un hombre en ademán de besarme en anillo, pero cuando estuve cerca, levantó el brazo armado con una navaja de afeitar y descargó el golpe con toda su fuerza. Me atravesó toda la mejilla y me hirió el brazo derecho.

Yo me alegraba de haber sellado con mi sangre las verdades evangélicas que predicaba.

En la corte de Madrid

De esta manera transcurrieron estos largos seis años en aquel lejano territorio. Constituyeron, sin duda alguna, una intensa experiencia para mi vida: días cargados de inmensa amargura y días en que notaba cómo la mano del Señor acaba conmigo. Días de ver cómo nacía la Palabra que nosotros sembrábamos y días en que palpábamos las insospechadas dificultades u obstáculos.

Así fue nuestra estancia en Cuba hasta que recibí la noticia de que la Reina Isabel me elegía como su confesor, por lo que era llamado a Madrid. El 18 de marzo del año 1857 recibí la noticia.

Emprendí el viaje hacia Madrid, a donde llegamos después de no pocos contratiempos.

La verdad es que llegué a Madrid sin saber exactamente para qué. Desconocía a qué me iba a comprometer en la práctica eso de ser confesor de la Reina.

La situación en la corte de Madrid en seguida la vi complicada: por una parte, los problemas personales de los Reyes; por otra, las grandes intrigas palaciegas y políticas, que luego habrían de dar al traste con la corona; por otro lado, la situación de la Iglesia que, por aquellos tiempos, sufría los efectos de una ley que la desposeía de muchos haberes y la marginaba socialmente en determinadas actuaciones.

Yo no me veía en el ambiente de la corte y sabía que aquello me tendría que costar mucho. Reconozco que no tengo genio de cortesano ni de palaciego. Por esto, el tener que estar en la corte y vivir en palacio es para mí un continuo martirio.

Como un pájaro enjaulado

Algunas veces he dicho que Dios me ha dado este destino para que sea mi purgatorio; para que pague por los pecados de mi vida pasada. Otras veces he dicho que en todos los años de mi vida no he sufrido tanto como desde que estoy en la Corte. Siempre estoy

suspirando por salir. Soy como un pájaro enjaulado que busca la forma de escapar. Casi me hubiera alegrado de que se levantara una revolución para que me expulsaran.

Por otro lado, no puedo tener queja de nadie. Los Reyes me quieren de verdad; los demás de palacio me respetan. Pero yo doy gracias a Dios por esta repugnancia que siento hacia la vida de palacio. Dios me la da para que no ponga mi corazón en honores, grandezas y riquezas del mundo.

En realidad existen dos fuerzas en mí: una que me empuja lejos de Madrid a vivir mi vida misionera; otra que me envía a esta misión dentro de la corte y ésta es la voluntad de Dios.

Mi oración de cada día es cifrar mi voluntad en la voluntad divina. Ofrezco al Señor este sacrificio de verme en Madrid, a la vez que e doy gracias porque no me deja adocenar a la vida fácil y cómoda. Ahora es voluntad de Dios que yo esté aquí. Ya saldré con el tiempo.

Otra forma de ser misionero

Este nuevo estilo de vida hizo que me planteara nuevamente mi forma de vivir la vocación misionera. Evidentemente, las nuevas estructuras en que estaba encuadrado hacían de mis días un condicionante continuo en mi vocación.

Por todo esto, mi estilo tomó un sesgo distinto:

El ser confesor de la Reina me tenía amarrado como un perro a un poste. No me permitía la libertad de movimientos que quisiera para ir a predicar a todas partes.

Pero, por otro lado, me ofrecía una ventaja que quise aprovechar bien. En compañía de los Reyes tuve ocasión de visitar toda la península. Eran viajes oficiales, en los que había que cumplir con el protocolo correspondiente.

Yo procuraba dejar, cuanto antes, todo lo referente al protocolo y me dedicaba a predicar en cada población a la que llegábamos. De esta forma tuve ocasión de recorrer y predicar literalmente por todas las regiones de España.

Como ejemplo, voy a referirme al viaje que hice a Andalucía en 1862. Alguien de fa comitiva se tomó la molestia de contar los sermones que había predicado durante el viaje y, según me dice, sumaron un total de 205.

El tener que estar constantemente pendiente de la corte me impidió mantener un contacto directo con la gente. Como siempre me gustaba tenerlo. Evidentemente, ahora este contacto era mucho más reducido.

Pero también ahora se me brindó la oportunidad de conocer más de cerca los problemas y cuestiones generales que afectaban a la totalidad de la Iglesia de España.

Desde mi posición intenté denunciar proféticamente cualquier decisión gubernamental que fuera en contra de los intereses o derechos de la Iglesia. Procuré que los obispos propuestos para las sedes españolas, lo fueran atendiendo a la función que iban a desempeñar y no a cualquier otro tipo de intereses sociales o políticos.

Desde el monasterio de El Escorial hice lo posible para que aquellos que se preparaban para el sacerdocio estuvieran a la altura de los tiempos y a las necesidades de la Iglesia. Para esto intensificamos a formación en ciencias eclesiásticas y humanas.

Siempre me pareció que el testimonio evangélico de pobreza iba unido al talante del Misionero Apostólico, como ya he dicho varias veces. Ahora las circunstancias eran muy distintas. No puede decirse que la corte sea el mejor lugar para esta vida de pobreza.

Yo, que no podía ya ceñirme a mi hatillo de los tiempos de Cataluña, intentaba tener la misma actitud, centrándome ahora en la austeridad de comidas y comodidades. Procuraba que mi aposento brillara por la ausencia de todo lo que fuera inútil o superfluo. Yo mismo evitaba ponerme las cruces y condecoraciones, salvo en los días de rigurosa etiqueta.

Puedo decir que no tengo nada. No hay prelado que no tenga algún regalo de su majestad, pero yo no tengo ni quiero nada. Mi satisfacción será, cuando me retire de palacio, el poder decir que nada tengo de Su Majestad, ni un alfiler. La verdad es que no quiero nada de este mundo. No quiero más que la gracia de Dios, su amor y la gloria del cielo.

En mis campañas misioneras siempre prediqué, anunciando la misericordia de Dios y denunciando las costumbres de los hombres que se desviaban de lo que el Señor quiere de nosotros.

Ahora ya no era posible esto. Pero con mis palabras y mi actitud intentaba mantener mi denuncia firme frente a todos aquellos grandes de España que, con frecuencia, dejaban mucho que desear en su conducta. Entendía que el ejemplo de ellos sería muy provechoso para el resto de las gentes.

Siempre fui partidario de todo lo que fueran medios de comunicación social: estampas y libros para formar a los fieles y para contrarrestar el efecto de los muchos libros tendenciosos que circulaban entre la gente.

Ahora podría escribir más y me dediqué a ello con ahínco. En este tiempo escribí muchos libros que se han popularizado entre la gente.

Pero veía que yo era como una gota de agua en un océano inmenso.

Por esto pensé fundar la Academia de San Miguel. Intentaba que los intelectuales cristianos dedicaran su talento y su arte al servicio del Señor. Así comenzó. Los Reyes fueron los primeros que se inscribieron como socios de la misma. La Librería Religiosa, que antes había fundado, quería que fuera el instrumento eficaz para editar y distribuir los libros con mayor facilidad.

En esta misma línea favorecí y creé las bibliotecas populares, que llevarían los libros allá donde fuera necesario.

Un día cualquiera

En general, los días de Madrid distaban mucho de lo que yo quería. Por la mañana tenía el tiempo cogido por las audiencias, donde muchos venían buscando recomendaciones. Yo,

que jamás he querido mezclarme en las cuestiones de la política, sufría en esos ratos intentando disculparme por no acceder a las pretensiones de los visitantes.

Por la tarde y noche me ocupaba en visitar enfermos y presos u otros establecimientos de caridad, en predicar, estudiar y escribir libros y hojas sueltas.

Aparte de estas ocupaciones ordinarias, ha habido otras con carácter extraordinario, como son los ejercicios espirituales dados al clero, religiosos, religiosas o fieles en general.

Pero estas ocupaciones no me llenan. Todo mi afán sería ir misionando por los lugares y aldeas. Este es mi sueño dorado. Envidio a los misioneros que tienen la suerte de poder ir de pueblo en pueblo anunciando el Evangelio.

En medio de estas penas, tengo algunas alegrías. Como he dicho, cuando salgo con sus Majestades y Altezas de jornada, predico al pueblo por la mañana, antes de que los Reyes salgan de casa. Después voy predicando por los conventos a las religiosas, sacerdotes, estudiantes, señores, etc., de manera que todo el día lo paso predicando, a excepción del tiempo preciso que tengo que estar en palacio con la real familia.

Una de las cosas que más he ha ocupado desde que estoy en Madrid ha sido escribir libros y hojas sueltas, hacerlos imprimir, comprar éstos y otros libros y hacerlos circular por medio de la Academia de San Miguel, en el confesionario, en los establecimientos, por las calles, escuelas, etc.

Calumnias y atentados

También he pasado días negros difíciles. He atravesado por grandes penas, calumnias y persecuciones. Todo el infierno se ha conjurado contra mí. Se falsificaron libros míos, o se escribieron otros obscenos y escandalosos con mi nombre; se hizo una campaña, vergonzante y cuidadosamente estudiada, sobre mis relaciones con la Reina o con otras religiosas amigas de la Reina; se escribieron copias, caricaturas y otras obscenidades: hasta las cajas de cerillas eran un buen medio para propagar sátiras contra mí.

He sufrido varios atentados contra mi vida: puñales criminales que pretendían acabar conmigo; comidas envenenadas; atentados con armas de fuego, etc.

Todo esto, sin embargo, no me apena demasiado. Dios es perseguido, y el discípulo no debe pretender ser más que su maestro y el criado no puede querer ser más que su señor.

Por esto doy gracias al Señor y pido su bendición para todos los que me persiguen y calumnian. Que El les conceda toda suerte de prosperidades temporales y eternas, espirituales y corporales. Para mí sólo pido humildad, mansedumbre, paciencia y conformidad con su santa voluntad para sufrir, en silencio y por amor, las penas, persecuciones y calumnias que El me envíe.

En intimidad con el Señor

En este tiempo el Señor me concedió grandes consuelos personales. Me hizo e debía hacer más oración; que debía escribir más libros; que me dedicara a dirigir almas y que tuviera más tranquilidad en mi estancia en Madrid. Así lo dispuso Él.

En medio de las calumnias y persecuciones, Él me infundió amor suficiente para sobrellevarlas con alegría.

Me hizo comprender cómo la mortificación debía ser una lección que todo misionero aprendiera, si es que quieren ser eficaces apostólicamente.

También comprendí cómo, cuando uno habla como misionero, como enviado, no somos nosotros los que hablamos, sino que el Espíritu de nuestro Padre y de nuestra Madre es quien habla en nosotros. De manera que cada uno de nosotros podrá decir: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, a sanar a los contritos de corazón.”*

El día 26 de agosto de 1861, hallándome en oración en la iglesia del Rosario, en La Granja, a las siete de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales, y tener siempre, día y noche, al Señor dentro de mí. Por esto, siempre debo estar con mucho recogimiento y devoción interior; y además debo orar y hacer frente a todos los males de España, como así me lo ha dicho el Señor.

También el Señor me ha hecho saber cómo ha visto con agrado muchos de los libros y hojas que he escrito.

Evolución de mi sentido misionero

Toda esta larga experiencia hizo que mi vida de misionero adquiriera unos matices distintos a los años anteriores.

En cuanto a mi afán apostólico, en mis primeros años me movía grandemente la preocupación por la salvación de los hombres. Ahora veo que es más importante el que el Reino de Dios viva y se manifieste siempre y en todos tal y como Jesús lo anunció, para gloria del Padre.

Mi experiencia de Cristo comencé a vivirla en un proceso de interiorización, que me llevaba a configurarme con Él en la unción profética, en el envío apostólico, en la gracia de filiación, en la predicación incansable, en el sacrificio redentor. Ahora creo que es muy importante la imitación también exterior y por ella llegar a la vivencia de las actitudes interiores y de esta vivencia a mi transformación plena: “es Cristo quien vive en mí”.

En cuanto a la experiencia del mundo y de la Iglesia, atravesé por circunstancias históricas bien diversas, pero siempre procuré descubrir las necesidades más urgentes y emplear los medios más oportunos y más eficaces. El tiempo que viví fue diverso en situaciones políticas, religiosas, sociales, culturales, etc. Yo intenté afrontar todos estos desafíos desde una perspectiva misionera.

Creo que será positivo el sintetizar cómo respondí a esos desafíos de mi historia y de mi tiempo.

Mi respuesta: salvar al hombre

Desde la primera etapa de mi vida misionera me encontré con hombres divididos por la guerra y con la fe debilitada.

Doctrinas sociales, religiosas, políticas y filosóficas hicieron que el hombre perdiera sus raíces religiosas y su sentido de Dios. Se caía en un ateísmo progresivo.

A pesar de todo, el pueblo sigue creyendo pero vive en la ignorancia y en el miedo. Muchos predicadores desconciertan a la gente porque no anuncian la Palabra de Dios.

Ante todo esto yo emprendí una ofensiva evangelizadora. Mi ideal era salvar al hombre, y para esto utilicé tres medios principales:

La predicación, para mover y convertir.

Los ejercicios, para suscitar evangelizadores.

La prensa, para mantener la fe.

En mi lenguaje intenté eliminar todo terror y manifestar suavidad en todo. No quería exasperar ni volver locos.

Vi cómo el Señor llamaba a otros evangelizadores a seguir el mismo estilo de vida que yo vivía. También vi la necesidad de que los seglares se incorporen a las tareas de evangelización.

Como una extensión de mi preocupación, nació la Congregación de Misioneros.

Mi respuesta: salvar la sociedad

Mi etapa en Cuba supuso una experiencia personal y apostólica muy significativa para mí. Fue un corte violento a mis ideales apostólicos. La elevación al episcopado echaba por tierra todos los planes que tenía, porque me ataban y reducían a una sola diócesis, cuando mi espíritu era para todo el mundo. Pero el cambio había de ser sólo aparente, porque también aquí procuré ser fiel a mi vocación de Misionero Apostólico.

En Cuba vi más la Iglesia como una comunidad y se ensancharon mis perspectivas apostólicas.

Mi trabajo de obispo lo interpreté desde mi vocación misionera. Por esto no me podría conformar con un gobierno ordinario: debía reformar, instaurar y sobre todo evangelizar.

Allí tuve experiencia de las consecuencias sociales de los pecados personales: el hombre explotado por el hombre, que destruye la fe.

Ante esto, mi preocupación era salvar a la sociedad. Mi trabajo se orientó hacia un doble frente: la promoción religiosa y la promoción social.

Es cierto que el episcopado de Cuba fue para mí una carga muy pesada y amarga pero fue también una experiencia fecunda y creo que positiva para el pueblo de Dios que se me había confiado.

Mi respuesta: salvar a la Iglesia

Al final de la etapa de Cuba y al principio de la de Madrid adquirí una experiencia nueva de Cristo y de la Iglesia. Ahora veo a Cristo no sólo como evangelizador sino también como Redentor, que con su sacrificio crea y salva la Iglesia.

A partir de ahí comprendí plenamente el misterio de la Iglesia como comunidad de salvación y cuerpo de Cristo. Vi que los príncipes, las potestades y los adalides de las tinieblas estaban encarnados en las ideologías de moda.

Por todo eso me propuse salvar a la Iglesia y, desde ella, a la sociedad. Para esto ideé un ambicioso plan de reformas, que previa la celebración de Concilios y asambleas de obispos, y que suponía también la vida común, la independencia de la Iglesia respecto a los poderes públicos y, sobre todo, la pobreza.

Personalmente comencé una serie de reformas, que iban desde la selección de obispos hasta la renovación de las estructuras de la sociedad por medio de la Academia de San Miguel y las Bibliotecas Parroquiales, pasando por la formación de la juventud y de los sacerdotes.

Más tarde, durante la preparación y el desarrollo del Concilio Vaticano, seguí esta misma tarea renovadora. Ante esta obra de la salvación de la Iglesia todos los medios serían pocos: es obra de todos. Yo prefería utilizar todos los medios posibles, preferentemente los más misioneros. El equilibrio tendrá que ir dando la visión profética en cada circunstancia de tiempo y lugar.

V. LA VOZ DE DIOS NO MUERE

Camino del destierro

Así transcurrieron mis días durante 11 años. Hasta que llegó aquel verano de 1868.

Habíamos pasado parte del verano en San Sebastián, como otros años, y ya nos encontrábamos instalados en los vagones del tren, dispuestos a regresar. Después de

estar detenidos mucho tiempo, nos hicieron volver a casa: los partes que el ministro recibía de Madrid aconsejaron suspender el viaje.

Las cosas se pusieron de tal suerte que, al día siguiente, se dio orden para que pasáramos a Francia.

Continuamos en Guipúzcoa hasta el 30 de septiembre. En el propio tren real pasamos a Francia. Yo jamás volvería ya a España. La Reina tampoco volvería ya como Reina.

Salimos con la Reina, su esposo y su hijo, D. Alfonso, escoltados por un grupo de alabarderos que le rindió los últimos honores militares. Estuvimos cinco semanas en Pau, hasta que nos instalamos en París.

A mí lo único que me afligía en París era el verme tan correspondido y tan bien atendido.

Asistí a los Reyes en la medida que pude y me preocupé de la educación del príncipe.

En París prediqué durante toda la Cuaresma de 1869. Confesé mucho. Di la comunión y la confirmación, con el debido permiso del señor arzobispo.

El Concilio Vaticano I

El día 30 de marzo de 1869 partí para Roma, sin sospechar entonces el nuevo rumbo que habría de tomar mi vida. Iba dispuesto a separarme ya definitivamente de la Reina y de la Corte. El viaje a Roma me sirvió de pretexto para mi alejamiento.

Una vez en Roma, me comunicaron que sería conveniente el fijar mi residencia allá, con el fin de colaborar en los preparativos que se hacían para el concilio que estaba a punto de celebrarse. Como yo he estado en tantos lugares y ha sido tan variada mi experiencia, me preguntaban muchas cosas. Esto me mantenía muy ocupado.

El día de la Inmaculada de 1869 se inauguraba el Concilio Ecuménico. Yo me entregué en cuerpo y alma a los trabajos del Concilio: revisar documentos, grupos de estudio, discusiones, propuestas, etc.

En las sesiones públicas no intervine durante casi todo el tiempo. Pero hay un tiempo para cada cosa: tiempo para callar y tiempo para hablar. Cuando se estaba tratando el tema de la infalibilidad pontificia, no podía quedarme sentado tranquilamente, mientras escuchaba las más variadas opiniones. Muchas de las se decían no podía admitirlas bajo ningún concepto y me producían un disgusto enorme.

Por eso me sentí empujado a dar testimonio de mi fe ante toda el aula conciliar. Confesé y proclamé, y puse como testimonio de lo que iba a afirmar los estigmas que llevaba en mi cuerpo, que creía con todas mis fuerzas en la infalibilidad del Papa. Confesé, además, públicamente, que estaba dispuesto a derramar hasta la última gota de mi sangre en defensa de aquella verdad que acababa de proclamar ante todos.

Los últimos días

Aquel año de 1870 supuso un quebranto para mi salud. El verano de Roma parecía que quería acabar con mis fuerzas.

P. José Xifré, superior de la Congregación de Misioneros, llegó a Roma con el fin de llevarme a Prades (Francia). Aquel era un sitio que servía de residencia y refugio de los Misioneros expulsados de España. Ellos me esperaban con verdadero cariño.

Así abandoné Roma y el día 23 de julio llegaba a la comunidad de Misioneros.

Con el descanso y los cuidados que tenían conmigo, pronto experimente una clara mejoría. De todas formas algo me hacía presentir que mi fin estaba próximo.

En esa paz pasaban los días cuando, a últimos del mes de julio, llegaron hasta la comunidad los primeros rumores de una noticia verdaderamente alarmante: me amenazaba un inmediato peligro de confinamiento.

En efecto. El día 3 de agosto nos avisaron que me ocultara con toda la prontitud que pudiera porque ya se sabía de buena fuente que iban a venir para detenerme.

Los monjes cistercienses de Fontfroide aceptaron muy gustosos el darme cobijo en el monasterio.

Yo, que no quería comprometerles lo más mínimo, intenté volver a Roma e instalarme nuevamente allá, pero ni los monjes, ni el P. José Xifré, ni la comunidad de Misioneros, consintieron en mi partida a la ciudad eterna.

Cuando me disponía a partir hacia el monasterio, me preguntaron qué debían prepararme para el viaje. Tranquilamente les dije que con el hatillo me bastaba, como en los tiempos de Cataluña. En efecto, lo que necesité para vivir felizmente mi vida de Misionero era lo único que precisaba para ir a morir.

Durante un par de meses pude vivir con sosiego y tranquilidad en aquel oasis de paz, pero a primeros de octubre tuve una gran desmejoría en mi salud.

Durante tres semanas, aproximadamente, fui perdiendo poco a poco mis fuerzas. Las atenciones de la comunidad cisterciense y del médico que me atendía resultaron ineficaces. Mis días se estaban acabando.

El día 24 de octubre, de este año de 1870, entregué definitivamente mi vida al Señor.

Porque amé la justicia y aborrecí el mal he muerto desterrado.

Volviendo la vista atrás

Cuando al final de mis días vuelvo la vista atrás y me pregunto quién soy yo; qué he sido a lo largo de los casi 63 años de mi vida, no encuentro una respuesta que me cuadre mejor: SOY UN MISIONERO.

En efecto. En mis tiempos de Cataluña y Canarias; en el gobierno de la diócesis de Santiago de Cuba; en mi correr por los caminos y ciudades de España acompañando a los Reyes; en los meses que viví desterrado en Francia o dedicado, en Roma, a los trabajos del Concilio, siempre he pretendido sólo eso: SER MISIONERO.

Yo intenté vivir la vocación de Misionero de una forma muy personal. A mí me importó menos lo que jurídicamente se entendía por un Misionero Apostólico: me preocupó más el entenderlo como una forma de vivir a misma vida evangelizadora que vivió Jesús. Por eso adopté el estilo que ha quedado patente a lo largo de mi vida y que aprendí en toda la tradición apostólica: la pobreza, la itinerancia y la evangelización.

Intenté desarrollar mi vocación con características nuevas, según el Espíritu me daba a entender en muchos momentos y según veía las necesidades del mundo y de los hombres.

Procuré también estar al día en todos los adelantos de mi tiempo para utilizarlo todo de cara al apostolado: los medios de locomoción, la prensa, las bibliotecas, las obras de promoción humana (Caja de ahorros, granja agrícola, andaba con la preocupación de utilizar todos los medios posibles dentro de los fines de mi vocación.

Al mismo tiempo intenté suscitar otros evangelizadores. Entre ellos intuí la urgente necesidad de enrolar a los seglares en las tareas de apostolado de la Iglesia. Era algo cuya urgencia se palpaba.

Como se ha podido ver a lo largo de mi vida, he sufrido muchos reveses y contrariedades. Pero por encima de todo he intentado siempre ser fiel a mi vocación original de Misionero Apostólico. Oficialmente el campo de acción me iba quedando cada vez más reducido. Desde que tuve que abandonar la Compañía de Jesús, cuando allí me pareció encontrar unos horizontes misioneros interesantes; pasando por el tiempo de misionero en Cataluña y Canarias, donde ya tuve que centrarme en una geografía concreta y reducida; y cuando me encerraron en una diócesis y en una persona, como confesor de la Reina de España... siempre procuré romper los moldes rígidos que intentaban encuadrarme.

Dios me fue abriendo, a través de la obediencia, nuevos cauces de apostolado, nuevos objetivos y nuevas necesidades del mundo y de la Iglesia.

A partir de ahí mi forma de ver las cosas se fue agrandando. Ya podían atarme como un perro a un poste, que la Palabra de Dios no podía quedar encadenada. Tenía que correr a través de los medios más oportunos y eficaces.

Por eso ahora, cuando vuelvo la vista atrás, puedo decir que he cumplido mi misión siendo fiel a los dos rasgos más característicos del Misionero Apostólico: la pobreza y la predicación. Y esto es lo que pude definir mi vida siempre.

Un modo de ser cristiano

Hubiera querido que todos los hombres avivaran dentro de ellos este mismo fuego que a mí me urgía.

Por esto impulsé a muchos para que, desde su propia vida, supieran ser misioneros.

Entendí particularmente que había llegado el momento de los seglares en la Iglesia, aunque para ser misionero siempre ha llegado el tiempo oportuno.

Estos son los principales grupos que comencé o impulsé:

La Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Tras una larga experiencia misionera, proyecté mi espíritu hacia otros, creando esta congregación de Misioneros Apostólicos, plenamente consagrada a la evangelización.

Quería que fueran para la Iglesia y los Prelados y los hombres algo así como el corazón para el cuerpo.

Este deseo que yo tenía de predicar por todo el mundo ya podía encarnarse a lo largo del espacio y del tiempo, porque podría llevarlo a cabo la Congregación.

Fueron varias las razones apostólicas que me movieron:

- La falta de predicadores.
- La necesidad y deseo que el pueblo tenía de la Palabra. Las muchas peticiones que yo tenía para ir a predicar.
- El deseo de hacer en equipo lo que yo solo no podía hacer. Así se formó el primer grupo de misioneros, totalmente liberados de otros cargos, para la evangelización universal, itinerante, ininterrumpida, viviendo en vida común verdaderamente pobre y apostólica, que tenía como fin la salvación de todos los habitantes del mundo.

La Congregación de Religiosas de María inmaculada para la enseñanza. Estando de arzobispo en Cuba, puse un convento de monjas de la enseñanza para niñas. Esta fundación fue el comienzo de lo que sería luego la Congregación de Religiosas de María Inmaculada. La obra se comenzó con la joven Antonia París Riera, mujer de gran sencillez evangélica y con un profundo espíritu de pobreza y de piedad.

El objetivo de esta fundación es dedicarse a la evangelización a través de la educación en la fe. Esta es su misión específica; con ella nacieron y ella es la que justifica su espíritu misionero y su presencia en la Iglesia y en el mundo.

Las Religiosas en sus casas. Ante la imposibilidad para muchas de ingresar en un convento, por diversas razones, vi la gran utilidad que podrían tener permaneciendo en su propio ambiente.

Comprendí que era posible llevar una vida consagrada de gran eficacia apostólica en medio de las condiciones normales de la vida familiar y social.

No fue posible que esta idea cuajara al principio. Tendrían que pasar muchos años hasta que nació el instituto secular que hoy llamamos "Filiación Cordimariana".

Hermandad del Santísimo Corazón de María. Por dificultades que no son del caso comentar, no me fue posible llevar a cabo esta fundación.

El objetivo de ella era el reunir en una misma asociación a sacerdotes y a seglares; a hombres y a mujeres.

Comenzó a funcionar en Vic en 1847, pero su vida fue exigua, al no recibir la correspondiente aprobación eclesiástica.

Yo veo el gran bien que pueden hacer todos, sacerdotes y laicos, en la gran tarea de la evangelización, sin que para eso importe demasiado el que sean hombres o mujeres.

Academia de San Miguel. Dios me la inspiró mientras me curaba de las heridas recibidas en el atentado de Holguín (Cuba).

Lo que pretendía era incorporar a literatos, científicos y artistas a la obra de la evangelización.

La Academia la fundé en Madrid en 1858 y, en poco tiempo, enroló a nombres importante del mundo de las letras y de las artes.

Era incalculable el bien que hacía.

La revolución del año 1868 dio al traste con esta obra de evangelización.

Las bibliotecas populares y parroquiales. Me di cuenta del gran entusiasmo que en mi tiempo existía por la lectura, y quise aprovechar ese entusiasmo apostólicamente. Está claro que si la gente no tiene libros buenos, leerá libros malos. Y, como no todos pueden ir a la iglesia a escuchar la Palabra, la Palabra sí puede llegar a cada uno.

Para esto creé la Librería Religiosa en 1848. Con las Bibliotecas populares quería poner los libros al alcance de todos.

Esta obra se extendió rápidamente, pero a los cuatro años de su fundación, el caos de la revolución la sofocó. Esta obra era llevada por los seglares en la evangelización de niños y de adultos. Me hubiera gustado que adquiriera más fuerza.

Estas son las principales instituciones. Aún hubo algunas más, que fueron naciendo y viviendo con diversa ventura.

Pero, en todas, siempre he procurado dos cosas que las definieran con claridad y precisión: por una parte, su carácter apostólico. Todos, aun de muy distintas formas, tenían que colaborar en la tarea de la salvación de los hombres. Nadie podría estar en alguna de estas formas de ser cristiano, si no tiene un espíritu claramente misionero.

Por otro lado, la presencia misionera de María es siempre una constante.

María, vista casi siempre desde la óptica de su Corazón de Madre. Puedo decir lo mismo que antes: nadie podría estar en alguna de estas formas de ser cristiano, si no vive la presencia misionera de María, como mediadora de gracia y salvación.

Yo me digo a mí mismo

Cuando me preguntan qué es un misionero tal y como yo lo siento, me cuesta un enorme trabajo definirlo. Es algo que trasciende las palabras. Es una forma cristiana de vivir; una actitud de fe y compromiso ante la vida y ante los hombres.

Yo me digo a mí mismo:

Un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias y se alegra no los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

- Es un hombre encendido y entusiasmado por el amor que Dios nos tiene. Que contagia ese mismo entusiasmo por todos los lugares por donde pasa.
- Emplea todos los medios a su alcance, particularmente aquellos más urgentes, oportunos y eficaces, para conseguir que todos los hombres amen al Señor su

Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y al prójimo con la misma intensidad, tal y como Dios nos ama en el Señor Jesús.

- No se asusta por nada.

Ante los sacrificios, calumnias, persecuciones y cualquier otra calamidad que haya de vivir, piensa con alegría que éste fue el camino que eligió Jesús; por este camino liberó a los hombres de todas sus esclavitudes. Y el discípulo no puede ser más que su maestro.

- Su única obsesión ha de ser siempre seguir e imitar a Jesucristo:

En su unión con el Padre, por medio de la oración. En desgastar la vida al servicio del Reino.

En morir, como el grano de trigo, para garantizar una nueva espiga.

En no tener otras preocupaciones y otras miras que trabajar para que el Reino de Dios llegue a todos los hombres. Entonces se colmará la gloria de Dios y los hombres habrán sido salvados.

BIBLIOGRAFIA

- AGUILAR, Mariano, *Vida admirable del Siervo de Dios P. Antonio María Claret*, Madrid, 1894, 2 tomos.
- BERMEJO, Jesús, *San Antonio María Claret, Misionero Apostólico*, Lierna, 1980.
- CLARET, *Autobiografía*: en *Escritos autobiográficos*, BAC, Madrid, 1981.
- FERNANDEZ, Cristóbal, *El Beato Antonio María Claret*, Madrid, 1941, 2 tomos.
- GUTIERREZ, Federico, *El Padrito*, Madrid, 1972.
- LOZANO, Juan María, *Un místico de la acción*, Roma, 1963.
- VI DALES, Antonio, *Los seglares claretianos y/a Congregación de Misioneros*, Roma, 1980.
- VIÑAS, José María, *La misión de San Antonio María Claret*: en *Escritos autobiográficos*, BAC, Madrid, 1981

